

MIS RELACIONES CON EL GENERAL LUIS MENA

Incorporados mis compañeros y yo al ejército empezamos a sentir de inmediato la disciplina estricta en un servicio puramente militar. Sin embargo sentía que el General Luis Mena me estimaba cada vez más.

Corría en la tropa una aguda crisis, producida por la caída del General José Santos Zelaya, y por la llegada al poder del doctor Madriz. Mena descubrió una conspiración encabezada y dirigida por el General Roberto González denominado León de Namasigüe, y prisionero desde la batalla de El Recreo, guardándosele las mayores consideraciones. Ocupaba una pequeña casa en el Rama, en donde vivía sin mayor vigilancia.

Se entendió con el General revolucionario Matute, que ocupaba la iglesia del Rama, con una guarnición de su inmediato mando de unos trescientos a cuatrocientos hombres.

El General Luis Mena me informó de los detalles de la conspiración y me nombró fiscal del ejército para seguir el proceso en toda forma y legalidad. Yo nombré mi secretario a Alejandro Cárdenas, y formalizando el expediente dicté auto de prisión contra Matute. El General Fruto Bolaños Chamorro como Jefe día fue encargado de cumplir mis órdenes y prender a Matute.

Era difícil ponerle el cascabel a ese gato indudablemente valeroso y efectivo en el mando de sus hombres. Llegamos a la iglesia. Alejandro Cárdenas notificó el auto de prisión y el General Fruto Bolaños Chamorro con la autoridad absoluta que tiene el Jefe día en la guerra, procedió a prender a Matute. Hubo cierto visible conato de sublevación en el ejército, pero en ese momento llegó el General Luis Mena y gritó una orden estricta a los soldados que inmediatamente obe-

decieron al imperio de jefe tan enérgico. El Jefe día ordenó reconcentrar también al General Roberto González, fueron los dos remitidos para guardar cárcel estricta en la fortaleza de El Bluff. La insurrección estaba dominada, y el General Luis Mena quedó satisfecho de mi actitud, y de la secuela que realicé en el juicio militar.

Como fiscal también tuve que afrontar otro proceso. Un teniente con sus tragos, se jactaba de proezas que había realizado en la batalla de El Recreo, y un muchacho clarín de órdenes en la batalla, se burló de él diciéndole que recordara que cuando él había pasado, con el General Emiliano Chamorro, lo había visto lleno de pánico acostado boca abajo ahondando el lodo con la barriga.

El teniente, se llenó de ira, cogió al muchachito clarín por los cabellos y sacando un puñal lo degolló como a un cerdo. Yo proveí inmediatamente un Consejo de Guerra verbal, que sin mayores trámites debía condenar a muerte a tan bárbaro criminal. Por cierto que al día siguiente en la mañana, estando en el balcón de la casa de Uriza, pasó el pelotón con el reo para fusilarlo a la orilla del río. Se conmovió hondamente mi corazón. Me asaltó la duda de hasta dónde tiene derecho el hombre en virtud de una justicia humana de quitar la vida a otro hombre. Por más de veinticuatro horas me entristecieron esas reflexiones sobre la severidad de mi justicia, ajena a mi alma siempre inclinada a la cristiana benevolencia con mi prójimo.

Como resultado de mi trabajo en dominar la situación difícil interior del ejército, el General Luis Mena cada día me daba mayores pruebas de su estimación. Un día de tantos me citó para tener conmigo una conversación privada. Me dijo el General Mena:

Doctorcito, —así me llamaba con cariño—, usted está preparado para obrar y dirigir como ministro. No es un buen

soldado, pero en cambio es un colaborador de primer orden. Creo que en el servicio de nuestra causa su papel sería más útil y más lucido en Bluefields a la orilla del Presidente Estrada. Ahora no hay más intelectual al lado del General Estrada, que El Canelo, —así llamaba él al General José María Moncada. Buen militar, muy inteligente, muy astuto pero que tira hacia otro lado que nosotros.

Le contesté: Cree usted General, que Estrada me recibiría con igual complacencia que al General Moncada, que es liberal y que por lo tanto lleva el carro hacia el mismo lado?

—Ahí estará la habilidad de usted, doctorcito. Ya lo he tratado a fondo. Hace días que vengo rumiando esta idea y me parece que nos dará usted en esa altura buenos frutos.

Medité un rato sobre el consejo del General Mena, y no sin vacilaciones lo acepté y ahora debo confesar que a tal consejo debí la amplitud de mi carrera política. Dos días después, abracé al General Mena, me despedí de todos mis compañeros, y me embarqué hacia Bluefields. Recorrí el río Escondido, aguas abajo con menor aliento y entusiasmo en mi corazón y con la ausencia del cometa en el cielo, que iluminara mi inteligencia y ampliara mi horizonte.

DE NUEVO EN BLUEFIELDS

Llegué a Bluefields al ponerse el sol, y me hospedé en el Hotel Tropical, el mejor de la ciudad y por lo mismo caro. Al día siguiente visité a Adolfo Díaz, cuya casa quedaba como a cuadra y media del Tropical. Antiguo compañero de colegio en el Instituto de Granada, me recibió afectuosamente. Le conté el consejo del General Luis Mena y le dio plena aprobación.

Hombre práctico me dijo que el Tropical era demasiado costoso en relación con mis recursos, que suponía no muy abundantes, y me llevó a presentar a una casa de huéspedes, muy restringida que tenía doña Anita Cross, criolla muy respetada, casada con el capitán del vapor Hendy, que hacía el tráfico entre Bluefields y el Rama, y en el cual llegué dos días antes. Por la valiosa recomendación de Adolfo me recibió la señora, y me dio una bonita pieza con muebles cómodos por una pensión moderada.

Al otro día el mismo Adolfo me llevó a la casa de la Intendencia para presentarme al General Juan J. Estrada. Nos recibió en primer instancia el General José María Moncada, que midiéndome de arriba para abajo y de abajo para arriba, con una sonrisa burlona como dirigiéndose a Adolfo, dijo:

No aguantamos ya a los borbones, y ahora vienen a complicar más los orleanes.

Le contesté inmediatamente: General Moncada usted me conoce bastante desde los tiempos del Instituto, que usted regentaba, no sé por qué se alarma de mi presencia. Mi deseo es colaborar con usted y me parece que muchas veces un buey experto y uno nuevo inexperto hacen buena yunta para arar el terreno.

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Inmediatamente reaccionó su despejada inteligencia y me dijo: Está bien, trabajaremos en el mismo sentido.

El General Juan J. Estrada, supongo que por la valiosa recomendación de Adolfo, fue amplio conmigo, y me incorporó a la oficina entonces a la inmediata dirección del General Moncada. En ese tiempo la revolución pasaba grave crisis por la caída del General José Santos Zelaya y la subida al poder del doctor José Madriz. Todos los liberales que rodeaban a Estrada creían definitivamente concluida la obra de la revolución y simpatizaban sin reservas con el nuevo Presidente. Los agentes del doctor Madriz en San José de Costa Rica, que lo eran Salvador Cerda y Clodomiro Urcuyo, me escribieron una carta notificándome de la intención del doctor Madriz, de visitar Bluefields para entrevistarse con el General Juan J. Estrada y llegar a un arreglo parecido al que hicieron en el año 1856 los Generales Martínez y Jeréz, que dio larga paz a Nicaragua. Me recomendaban que hablara con Estrada y les escribiera si aceptaba la propuesta. Cumplí el encargo, hablé con el General Juan J. Estrada y manifesté a Cerda y Urcuyo que era grata la propuesta.

Volvieron a escribirme del alto espíritu conciliador del doctor José Madriz que pensaba poner dos conservadores eminentes en su ministerio, a Pedro Rafael Cuadra en el de Hacienda, y al doctor Alfonso Ayón en el de Gobernación, y avanzaban con la posibilidad de que se formara una Junta de Gobierno sui generis, bajo la Presidencia del doctor José Madriz, agregados el General Juan J. Estrada y Emiliano Chamorro. Me entusiasmó la idea. Esta Junta hubiera sido reconocida inmediatamente por el Gobierno Norteamericano, porque estaba favorecida por la opinión del Almirante Kimball, jefe de la escuadra que bloqueaba los puertos de Nicaragua. Simpatizaba Kimball abiertamente con el doctor José Madriz. Pero pasaron días y días y el doctor Madriz no se apareció por Bluefields. Me pregunto siempre por qué

abandonaría hombre tan inteligente como Madriz, proyecto tan feliz que hubiera suavizado el proceso de la intervención americana, que se hubiera encontrado frente a la unidad constructiva de todos los partidos y de todos los elementos valiosos de Nicaragua? Sería que la intransigencia zelayista se lo impidió?

Lo ignoro, pero el abandono de esta idea costó mucha sangre, mucha ruina material y moral a nuestra patria. En ese tiempo, ya claro el fracaso de una conciliación entre Estrada y Madriz, la Corte de Cartago quiso intervenir en favor de la conciliación y puso un telegrama pidiéndole propuestas al General Juan J. Estrada. Este contestó aceptando la mediación de la Corte de Cartago sobre la base, de una elección completamente libre, supervigilada por la propia Corte y por el Gobierno de los Estados Unidos. Fue la primera vez que apareció esa idea que estaba destinada a realizarse transcurridos muchos años de lucha feroz, derramamiento de sangre y destrucción de la riqueza.

Por estas circunstancias el General Estrada promovió una reunión amplia de toda clase de elementos para resolver la actitud que debía asumir la revolución al ver al doctor Madriz totalmente absorbido por el zelayismo. En esa reunión, y a petición del General Estrada pronuncié un discurso que fue decisivo en la unificación del ánimo revolucionario. Versó en una glosa de las palabras del gran tribuno Cicerón, cuando Bruto, mostrándole el cadáver de Julio César le dijo: Padre de la patria, Roma es libre. Ha muerto el tirano. Replicó Cicerón: Ha muerto el tirano, pero la tiranía no. Explicué que era verdad que el doctor José Madriz no tenía alma de tirano, pero que le ahogaría el ambiente de despotismo que había creado como sistema el dictador Zelaya. Que el mismo doctor Madriz sería víctima de ese ambiente, que no podía ser destruido sino en virtud de un antagonismo bien definido, y

que esa sería la obra insigne de la revolución o mejor dicho de la Costa Atlántica sobre el total de Nicaragua.

Tuve gran éxito en esa hora aflictiva, y en una franca identificación con Bluefields adquirí en la Costa Atlántica una sólida posición y mucha influencia para salvar las grandes inconformidades de los costeños. Se resolvió la inmediata movilización del ejército, el avance sobre el interior, la invasión sin pérdida de tiempo.

El General Juan J. Estrada había encargado al General José María Moncada que le escribiera una orden del día, enérgica, elevada y sonora para que se la leyera a las tropas como una proclama del Jefe de la revolución. El General Moncada alborotado ya con los menesteres militares de la movilización, tardaba en llevar el texto de la proclama y se impacientaba el General Estrada. En ese momento le dije, que si me lo permitía le redactaría yo esa orden del día. Que él leería mi trabajo, y que si lo hallaba bien le daríamos curso inmediatamente, que si no estaba a tono esperaríamos al General Moncada. Me ordenó Estrada: Redacte doctor. Dicté a Rodolfo Poessy que me servía de escribiente e hice un esfuerzo de una prosa expresiva y estimulante. Me resultó el documento a satisfacción del Presidente Estrada. Entusiasmado ordenó que se sacaran el mayor número de copias posible, y se mandaron al Rama para que fueran leídas a las tropas. Desde ese día fuí en realidad aunque con alternativas de otras tareas el secretario privado del Presidente Juan J. Estrada.

Al día siguiente salí en el vapor Hendy acompañando al General Estrada para ciudad Rama. Fue discutido por los jefes el modo de organizar el ejército para la invasión. Se dispuso hacer dos fuertes legiones para que operara una, siguiendo el curso del río Siquia, al mando del General Emiliano Chamorro. La otra debía seguir la corriente río arriba

del Mico, al mando del General Luis Mena. El General Moncada siguiendo el extraño ritmo de sus aptitudes innegables, guardó la pluma y se fajó la espada para ser el segundo Jefe de la columna del General Mena. Terminaron las deliberaciones de los altos jefes y sonaron belicosos los clarines.

LA COLUMNA DEL GENERAL EMILIANO CHAMORRO

Para mejor desarrollo de mis recuerdos en REVISTA CONSERVADORA, escribiré dos capítulos, una para seguir las huellas notables del General Emiliano Chamorro, y otra para marchar con los Generales Mena y Moncada.

El plan general que se resolvió fue que el General Chamorro, con ochocientos hombres, soldados magníficos, atacara vigorosamente a las tropas del Gobierno de Madriz, y penetrara en el país lo más profundamente posible, para que siguiera toda la fuerza, y así permitir un avance estratégico de la columna del General Mena, para apoderarse del departamento de Chontales. Concluida la tarea de arado confiada al General Chamorro, él debía replegarse a Chontales, y poderosamente combinadas las dos columnas, hacer un solo empuje hacia la capital de la República.

El General Emiliano Chamorro cumplió brillantemente su cometido. Sobre el río Siquia llegó hasta cerca de la Libertad, avanzó con coraje inaudito, dando batalla tras batalla victorioso siempre, y movilizando todas las tropas de Madriz detrás de él, como un meteoro pasó por todo el norte de Chontales y llegó hasta tomar Matagalpa.

Como uno de los problemas más serios está en el parque que se agota, y no tenían almacén donde reponerse para salvar esa dificultad, se dispuso formar dos columnas, que subiría cada una con cien mil tiros de fusil y veinte mil de ametralladora; la una sobre el río Grande en el norte. De esa columna fue nombrado delegado del ejecutivo con plenos poderes don Ernesto Fernández. Su misión fue cumplida llevando sus tiros cerca de Matagalpa, donde aprovisionó al vencedor Chamorro.

Otra columna con igual cantidad de tiros debía subir el río Siquia hasta colocarse lo más cerca posible de la región minera de La Libertad. Aquí entro yo. Fuí nombrado delegado del ejecutivo. Los militares eran el Coronel Wenceslao Ocón y el Coronel Clemente Santos. Comprendo que lo emocionante de esta jornada está en seguir las huestes victoriosas de Chamorro. Pero escribo recuerdos personales míos y soltaré la jornada interesantísima sobre el río Siquia escrita en cumplimiento de una peligrosa misión.

Permítaseme pues abrir capítulo.

RIO SIQUIA DE IDA Y DE VUELTA

A una distancia de diez kilómetros el río Siquia es navegable por toda clase de embarcaciones. Hasta ese punto fui llevado con mi cargamento en lanchones de gasolina. Ahí estaba lista una numerosa flotilla de botes, manejados por indios sumos y mosquitos, muy expertos en esa navegación. Se calculaba que diez días lo menos tendríamos que gastar para poner nuestro depósito de tiros en el caño Fruta de Pan, al habla de las minas de Santo Domingo, y tierra de los indios guajayos.

Día a día cambiaba el paisaje maravilloso. Se sucedían los peligros y teníamos que poner esmero en conservar intacto el cargamento. Cito este ejemplo. Una noche resolvimos dormir en una isla que quedaba a la mitad del río. A la media noche muy alarmados nos despertaron los indios diciéndonos: "Arriba, arriba, y ligero". "Qué pasa", les preguntó. Me contestaron. "Cabeza de agua la producen las lluvias en los arranques del río". Todos los botes cargados y los ocupados por nosotros fueron arrimados a una orilla y atados fuertemente de unos árboles de soto caballos, resistentes, que hacían el bosque de la ribera. Toda la noche en la oscuridad sentíamos el temblor de la fuerza potente de las corrientes. Cuando amaneció la isla, había desaparecido totalmente, y vagaban sobre ellas nadando las víboras Toboba dirigiéndose hacia ambas orillas. En esa situación pasamos día y medio hasta que bajó el nivel de las aguas y volvimos a emprender la marcha. Por el celo y competencia de los indios no se perdió ni un hombre ni una caja de tiros.

A los dos días del percance de la isla llegamos a lo que me atrevo a designar maravilla del Siquia. La corriente ancha de las aguas se estrecha hasta quedar reducida a un tercio, y con una violencia inaudita se precipita en una altura como de veinte a treinta metros. Como buen granadino la

comparé con la altura de la torre de la Merced. El volumen entero salta con una fuerza tal que yo estuve parado bajo de ella sin mojarme. Algo más pequeño pero parecido al Niágara. Allí nos fue preciso pasar el cargamento y botes a hombros o de arrastradas, hasta volver a las alturas y a la tranquilidad majestuosa de su corriente.

En esta parte y durante el traslado tuve un episodio peligroso pero al mismo tiempo muy interesante. Para dar ejemplo, cargaba una cantidad de tiros en los hombros, y mal carguero que soy me caí boca abajo. Cuando me quise incorporar el indio, que venía atrás de mí, me tocó el hombro y me dijo: No mover, no mover. Salir al lado izquierdo despacito. Era que a mi lado derecho, estaba el rollo de una Toboba Terciopelo dormida. Salvado del peligro por lo menos un cuarto de hora me duró ligero el corazón por el miedo.

En la misma jornada, otra Toboba mordió a uno de los soldados, que estuvo casi en agonía, pero el indio Samuel, dijo: Yo curarlo. Se internó en el campo y volvió con un atol de hierbas. Se lo dio al enfermo que lo vomitó inmediatamente. Se lo repitió y volvió a vomitarlo; se lo repitió nuevamente y no lo vomitó. Poco a poco fue volviendo en sí el soldado, y al día siguiente continuó su marcha bueno y sano. Desde ese momento el doctor Mateo Guillén que era el cirujano que llevábamos se dedicó a enamorar al indio Samuel para ver si le daba el secreto, pero el indio se encerró en su mutismo; y otro que venía ahí nos contó que en persecución de ese mismo secreto el Gobernador Intendente de Zelaya, doctor Telémaco López, había torturado a un indio sin lograr que aflojara su secreto, que tienen como cosa religiosa.

Cuando después de mucha lucha navegando ya sobre el cayo llamado Fruta de Pan por la abundancia de esta planta que hay en sus orillas, nos acampamos en un pueblecito de indios guajayos. Eran estos de costumbres bien extrañas. El trabajo casi siempre le tocaba a las mujeres. Ellas reman

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

en los botes y el indio haraganea. Todos tienen la cara manchada en virtud de una hierba que toman. Las indias se nos mostraban muy obsequiosas; pero un indio sumo que me tenía un afecto especial, me dijo: No coma nada de lo que le dan las indias, porque lo van a manchar. Me explicó que se enamoran de lo que llaman españoles y para tenerlos sujetos, los marcan con las señales de la raza.

Con ese mismo indio, tuve un pasaje muy interesante. Cuando llegó el plenilunio de Marzo, me dijo que se iba a desertar porque no quería faltar a la ceremonia solemne de su raza. No tienes necesidad de desertarte, porque yo te daré la licencia para que vayas y vuelvas. Le pregunté: Cuántos días necesitas para ir y volver? Me contestó de ocho a diez. Le ordené: Vete, y aquí te espero de regreso. Se fue y cumplidamente volvió, lo que me satisfizo porque era el más diestro de todos los indios sumos que andaban con nosotros.

Le pedí que me relatara la ceremonia del plenilunio. Me contó, que bajo la luna llena y durante tres días hacían una rueda en el arenal de la playa del Atlántico. Que se colocaban un joven y un viejo, y en medio los tamboriles para la música. Al ritmo de ese toque ellos cantaban la historia de su raza para que no se perdiera; los viejos la decían y los jóvenes la repetían.

En mi cartera de viaje apunté todo lo que él me dijo y es una bella poesía. Aún guardo la cartera, pero sólo quiero relatar la parte de cuando llegó Colón al Cabo de Gracias a Dios.

Una mañana se pusieron a la vista unos grandes pájaros que vinieron hacia la orilla y entraron por la boca del río. De esos pájaros salieron unos hombres barbados, y nosotros nos asustamos tanto que quedamos clavados en la tierra, sin

podernos mover, como los árboles de coco. Toda la relación es poética. Contaré también a los lectores de REVISTA CONSERVADORA el origen de su raza. Ellos vivían en Chontales, en perpetua guerra, unos indios contra otros. Una vez que tenían un cacique sabio, cuando se fueron a la guerra hizo que cada uno de los soldados pusiera una piedra haciendo un montón que llamaron cipile. Cuando regresaron victoriosos y alegres de la guerra, el cacique ordenó, que cada uno cogiera una piedra y la trajera. Así lo hicieron pero una gran cantidad de piedra quedó sin moverse. El cacique les dijo: esos son los muertos, lo que cuesta cada guerra. Resolvió abandonar Chontales y marchar hacia el oriente, buscando ambiente más seguro. Caminaron, caminaron hasta encontrarse con la mámpara, así llaman al mar y frente, a ella, la tribu se fincó. Es bella ésta relación sin duda alguna, y es lástima que entre nuestros políticos no exista un caudillo que como el cacique de los sumos cuente los muertos de nuestras guerras civiles.

Colocado el cargamento de tiros en el lugar que se me había señalado, me comuniqué con los agentes de las minas de Santo Domingo, que me informaban de todos los movimientos del ejército del doctor Madriz. Un día se apareció un soldado que por el vestido se veía claramente que era de la legión del General Chamorro. Llevaba el sombrero de hule, que le había producido al salir a los soles rigurosos de los llanos de Chontales, mal de ojo. Me relató con todos los detalles la batalla de Tisma y el desastre sufrido como final de la brillante campaña de Chamorro. Festinados los coroneles declararon que aquél, era un espía y hasta lo querían fusilar. Me opuse con toda la energía de mi autoridad y conversé muy detenidamente adquiriendo la convicción de que decía verdad.

En consecuencia ordené extremar la vigilancia, y pedí informes a la mina de Santo Domingo. Pasados unos tres

días llegó al campamento Augusto Estrada, sobrino de don Adolfo Díaz, trayendo órdenes del General Luis Mena, que confirmaban la relación del soldado y me ordenaba que con el mayor cuidado me retirara hacia el Rama, porque el almacén de tiros que yo llevaba sería de grande necesidad para la resistencia al ataque que se nos venía encima por parte de las tropas de Matriz.

Inmediatamente emprendí la retirada, recomendándole a toda la compañía el mayor cuidado y vigilancia para salvar los tiros. Logramos salir sin novedad ninguna del caño Fruta de Pan y ganar la limpia corriente del Siquia, más protegida por la selva abrupta. Pernoctábamos por la noche y se destacaban avanzadillas en riguroso alerta. Aquí ocurrió un episodio cómico pero muy interesante. El viejo yanque Norman que por afecto conmigo había sido de la partida, avanzaba siempre cincuenta varas adelante de la primera avanzandilla, porque tenía miedo que los otros soldados le robaran su tabaco y su aguardiente, cosa que le sucedió una vez en la primer jornada hacia Fruta de Pan. A la media noche sonó un disparo de Norman que puso en alarma a todo el campamento; mandé a Justiniano Pérez y a Gregorio Carrillo que fueran a averiguar qué era lo que pasaba al yanque. Volvieron burlándose, y como bebedores que eran ellos dos, decían que Norman estaba con diablos azules y que les había dicho que en la oscuridad avanzaba un animal con dos ojos brillantes como dos luces, haciéndole un ruido amenazante y que él le había disparado. Todo el campamento aceptó la versión de los diablos azules pero al día siguiente, que nos movilizamos río abajo estaba un enorme tigre negro con la bala puesta en mitad de los dos ojos. Entonces la burla se convirtió en admiración por la puntería del yanque. Ahí supe que era verdad la existencia de esa pantera negra de que me habían hablado y que yo creía una fábula.

Continuó la marcha, y a una jornada antes del salto, tuve una muy agradable sorpresa. Acampamos en una casa, fabricada con todo esmero y habitada por una familia que todo poseía hasta máquina de coser. El jefe era un conservador de Camoapa que había sido perseguido a muerte por el General Zelaya, y huyendo se había fincado en esas soledades, y como un audaz inteligente y laborioso Robinson Crusoe, había construido todo aquel campamento, en que cultivaba con su familia la tierra. Entre las cosas maravillosas poseía una danta educada que tiraba del arado, sembraba maíz, frijoles, trigo, yuca y algo de banano que las mujeres iban a vender en puntos más avanzados del río Siquia. Siento que se me haya olvidado el nombre de ese héroe y agrego que como una especialidad el día que me alojé entero en esa casa, mientras pasaban la carga al margen del salto, fuí asistido con esmero y comí como en lugar civilizado.

Continuamos la marcha río abajo ya con mayor despejo. Era el último en movilizarme, para tener seguridad que el tesoro de los tiros llegaría íntegro y serviría para la primer embestida del ejército de Madriz. Ya estaba todo el cargamento desde hacía dos o tres días entregándolo en el lugar hasta donde llegan los barcos de gasolina, cuando arribé a ese punto ansiado. Allí me esperaba don Pedro Joaquín Chamorro. Le hablé desconsolado de que la revolución estaba perdida, y él con su natural optimismo, me dijo: "Estás equivocado. Los liberales no están entrenados en estos ejercicios de defender con poco una causa y de seguro abandonarán todos los liberales al General Estrada. La revolución se convertirá en netamente conservadora. Ya compactos bajo una sola idea lucharemos a como dé lugar con nuestro acostumbrado coraje y constante resistencia".

Cuando llegué a Bluefields, le conté medio en serio medio en burla a Adolfo Díaz el optimismo de don Pedro Joaquín

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Chamorro. Pero es el caso que como otras tantas cosas de don Pedro, resultó profecía. Ya lo verán los lectores de REVISTA CONSERVADORA en mi próximo capítulo.

CAMPAÑA DEL GENERAL EMILIANO CHAMORRO

El General Emiliano Chamorro con sus ochocientos hombres, todos ellos soldados de alta calidad, invadió el departamento de Chontales por el distrito minero de La Libertad. Allí tuvo el primer combate y obtuvo su primera victoria; no se detuvo más que a enterrar sus muertos, y a procurar dejar al cuidado de familias a sus heridos.

Siguió la invasión como un huracán, con otras cinco columnas, cada una superior en número a su ejército, peleó bravamente, y las venció y dispersó una por una; y sin dormir, sin descanso, siguió adelante pudiéramos decir con bayoneta calada.

Pasó triunfante, lleno de coraje por Camoapa y Comalapa, residencia en esa época de su familia. Un nuevo triunfo coronó a este héroe de epopeya, temible Aquiles, y resueltamente se dirigió contra la ciudad de Matagalpa, empresa de mayor calidad, porque estaba defendida por tropas muy superiores en número a las suyas, pero fueron vencidas por la energía de aquellos soldados revolucionarios que los multiplicaba por lo menos a tres por uno.

Tomada Matagalpa, aumentada su columna con voluntarios de ese departamento esencialmente conservador, emprendió el regreso, en cumplimiento del plan inicial, para darse la mano con el General Luis Mena en el departamento de Chontales e iniciar un poderoso impulso en ofensiva contra la capital.

Pero al llegar al Paso de Panaloya, se le unieron varios altos oficiales granadinos, y después de conversar largamente con ellos el General Chamorro, cambió de rumbo y en lugar de concentrarse al grueso del ejército que comandaba Mena, avanzó osadamente solo sobre Managua, siguiendo

un camino inusitado que nadie hacía ni en jornadas particulares, para hacer la sorpresa del ataque de Managua, lo más misteriosa, y lo más oculta que fuera posible.

Se dirigió directamente a Tisma, teniendo que pasar el Charco, pequeña laguna que interrumpe la jornada de tierra. Para pasar el Charco sin arruinar los elementos de guerra, los atletas de la columna, tuvieron que hacerlo, brazos hacia arriba, llevando rifles y tiros. Hubiera sido de sumo interés histórico tomar una fotografía de aquel original tránsito, que revelaba la inquebrantable voluntad de esos soldados. Fue salvado el obstáculo, vadeado el Charco en un esfuerzo de tres horas, sin abatirse ni quejarse ninguno de aquellos hombres, y en medio de ellos el caudillo animando la empresa.

Pero apenas la habían concluido, y ocupado el pueblo de Tisma para renovar el aliento, fueron reciamente atacados, por el primer ejército enemigo en llegar compuesto por mil quinientos soldados. Principió un inesperado combate que merece capítulo aparte.

LA BATALLA DE TISMA

El alto Comando de las fuerzas de Madriz, libres ya los caminos, y teniendo toda clase de transporte, de los que se podían disponer en aquella época, hizo una reconcentración rápida, de los diferentes cuerpos de ejércitos que podían sumar cinco mil hombres. Tuvo que luchar heroicamente la columna revolucionaria con esas tropas, conteniéndolas, rechazándolas una por una en tremendo fuego de fusilería y ametralladora. Animaba a los que he llamado los atletas, la presencia acostumbrada del Caudillo en los puntos de mayor peligro, con el usado y admirable desprecio de su vida que fue base de su prestigio.

Para dar una idea de lo sangriento de la pelea me basta decir que en el lugar céntrico de la lucha, llamada Las Cuatro Esquinas, murieron uno por uno alternando en la jefatura de la guarnición, tres de los coroneles más importantes del ejército revolucionario.

Pero poco a poco se iba agotando el almacén de parque que habían recibido en Matagalpa. En vista de eso, después de haber rechazado la última y recia intentona del enemigo, el General Chamorro resolvió retirarse rápidamente hacia Chontales por la villa de Tipitapa, que según sus últimos informes estaba despejada.

La retirada fue en orden con paso seguro y siempre con la misma firme voluntad de los soldados, pero Tipitapa, horas antes, había sido ocupada por un ejército de mil quinientos hombres al mando del General Acisclo Ramírez. En la lucha por abrirse camino se les agotó el parque y entonces amilanados aquellos valientes, se dispersaron en una triste y fatal derrota. Todo lo perdieron, ametralladoras, fusiles.

El General Chamorro como describen a Napoleón después de Waterloo, rodeado de un grupo de su Estado Mayor,

pudo salvarse, y vencido, perdida la heroica campaña, con amargura, se dirigió hacia los cuarteles del General Mena.

Después de una caminata, con seguridad la más triste de su vida, llegó el Caudillo al lugar en donde pernoctaba el General Mena. La impresión de los soldados de Mena al verlo llegar, solo y derrotado, cuando lo esperaban victorioso y con bandera desplegada, fue profunda y se acobardaron un poco.

El General Chamorro desde el campamento de Mena puso un telegrama al Presidente General Juan J. Estrada declarando su fracaso y pidiendo ser juzgado por un Consejo de Guerra. Por supuesto que nadie pensó en formularle un proceso, que hubiera hecho eco fatal en el prestigio del Caudillo en el interior, que permanecía cada día más floreciente.

Todo lo que he relatado me lo contaron a mi llegada don Pedro Joaquín Chamorro y don Adolfo Díaz. Según los informes que ellos habían recibido la culpa de esa atrevida maniobra del General Chamorro, que lo desvió del plan inicial de su legendaria campaña, la tenían los Directores Políticos de Granada, que por medio de don Alberto Zelaya informaron del desamparo de Managua al General Chamorro, y casi le ordenaron avanzar resueltamente para ocuparla y cantar, en definitivo tono conservador, la victoria de la revolución.

Pocos días después, llegó a Bluefields el General Chamorro con su Estado Mayor, y los oficiales de más alta responsabilidad y jerarquía me confirmaron la versión y se mostraron resentidos contra la Central Política de Granada.

Sin embargo todavía brilló la luz de alguna esperanza, en la columna del General Luis Mena; y principalmente en la estrategia de sus dos jefes, Mena y Moncada.

LA CAMPAÑA DEL GENERAL MENA

Después de haber subido sobre la corriente del río Mico, el ejército del General Mena que formaba una columna de poco más o menos mil doscientos hombres, invadió el departamento de Chontales por la fértil región de Santo Tomás. Paso ante paso, no levantado nunca un pie hasta que el otro estaba firme sobre el terreno, esta columna de Mena, fue avanzando dentro del Departamento de Chontales, combatiendo contra otra del Gobierno de Madriz superior en número, que había eludido el empuje arrollador del General Emiliano Chamorro.

Así llegó victorioso hasta las cercanías de la ciudad de Acoyapa. Organizó el General Mena un cuerpo de caballería de ciento cincuenta soldados chontaleños, entre varios jinetes avezados que se llaman "campistos". Esta caballería como una ligera y eficaz policía militar, controlaba todo el Departamento, y hacía respetar la autoridad revolucionaria.

El ángulo poderoso con vértice en ciudad Rama, y que formaban los dos lados, el del Siquia, con el enérgico proceder del General Chamorro, y el del Mico con la estrategia meditada y sobre seguro del General Luis Mena, hicieron en esos días sumamente poderosa a la revolución de Bluefields, es decir al Gobierno del General Juan J. Estrada.

Los Generales Emiliano Chamorro y Luis Mena, trabajando juntos en la dirección de un ejército, hacen tal vez el más poderoso Comando que haya actuado en las milicias nicaragüenses, en el curso de nuestras tristes guerras civiles. Desgraciadamente, en las actividades finales de la revolución de Bluefields, después de tantas valerosas jornadas, de tantas dolorosas fatigas, de tantos vaivenes de la suerte, esos dos campeones se separaron y se volvieron antagónicos, por la comezón de los mismos deseos vehementes de Poder, ambiciones por la Presidencia de la República.

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Me parece conveniente trazar en estos Cabos Suelos, que llevan la pretensión de ser lecciones de nuestra historia, un paralelo de los Generales, Emiliano Chamorro y Luis Mena.

Mejor preparación intelectual tuvo el General Emiliano Chamorro. Fue éste un estudiante distinguido en el Instituto Nacional de Oriente, que actuaba en Granada, en donde obtuvo el título de bachiller enciclopédico. En sus primeras actividades juveniles, en la casa de su padre en Managua, tuvo ocasión de dar cimiento cultural a su título de bachiller; presencié, todos los accidentes de la subida del liberalismo al Poder, y fue aleccionado por la efervescencia de ideas, por la expresión de los pensamientos de hombres ilustrados, por las contradicciones entre el liberalismo moderado de los viejos conservadores y el arrebatado radicalismo de los intelectuales del Noventa y tres.

El General Mena, tuvo una niñez rústica en Nandaime. Apenas si pasó los cursos de primaria en las escuelas públicas. Posee sí una inteligencia natural de buena calidad y un sentido práctico y firme. Su cooperación activa en la formación y cultivo de la región bananera del Rama, de que ya hablé en estos Cabos Suelos, su trato con sus compañeros en aquella empresa grandiosa, le dieron figuración suficiente para un ascenso social, que él logró para mejorar su condición, contrayendo en Granada un matrimonio ventajoso con una hija del General Eduardo Montiel.

Tirada mi pluma por el deseo de exhibir ante los jóvenes del día, la cifra que significaron estos dos hombres cuando identificaron sus anhelos y propósitos y suman sus esfuerzos, voy a echar una mirada retrospectiva, sobre el año 1897, en que se les confió una atrevida invasión contra el régimen de Zelaya.

Vinieron por el Lago, trayendo quinientos rifles y cien mil tiros, con una escolta de cincuenta muchachos valientes.

Desembarcaron en Charco Muerto, parte del cerro Mombacho, frente a la isla Zapatera. Avisaron a Granada su presencia pidiendo que les mandaran voluntarios, pero apenas llegaron diez. No era fácil en aquellos tiempos concurrir desarmado en busca del arma. Entonces tomaron la atrevida, pero muy estratégica resolución, de tomar la ciudad de Nandaime, en aquel tiempo netamente conservadora, y con fama sus hombres, de ser los mejores soldados de oriente.

Ejecutaron el plan con inquebrantable voluntad y tomada la ciudad le faltaron rifles que empuñar por gente muy resuelta a jugarse la vida. Con ellos formaron una columna que operó en la falda del Mombacho frente a Granada. Derrotó en varios combates a tropas superiores que enviaba Zelaya a perseguirlos y destruirlos.

Cuando se convencieron tristemente que la prometida invasión grande por San Juan del Sur no venía y que los tiros se le agotaban, se retiraron hacia Costa Rica, peleando diariamente para tener a raya a las fuerzas de Zelaya que movilizó un poderoso ejército tras ellos; penetraron por fin a Costa Rica en donde entregaron su armamento, y en donde quedaron los valientes como exilados, esperando nuevas ocasiones de porfiada lucha.

Preparó el Gobierno del doctor Madriz una poderosa ofensiva contra la revolución, y ya llegaban a Chontales las columnas numerosas que debían operar sobre el Rama. El General Luis Mena, de acuerdo con su segundo el General Moncada, comprendió lo insostenible de su posición anterior y se retiró, para reconcentrarse al Rama. Pero en las inmediaciones del pueblo de Santo Tomás fue interceptada su marcha por un ejército muy superior en número al suyo, y comandado por los Generales Godoy y Chavarría. Con todo el primer día de batalla lograron rechazar los ataques del formidable enemigo. Aquí fue fatal para los revolucionarios un error del General Moncada.

En el Rama, cuando iniciaron el empuje hacia el interior un grupo no menor de trescientos hombres, leoneses, con el joven Tomás Alemán, se ofrecieron para formar parte del ejército y pelear contra Zelaya. En la batalla de Santo Tomás formaron esos leoneses uno de los flancos, y el General en un acto de errada confianza, envió los primeros prisioneros hechos al enemigo para ser resguardados en la columna de leoneses. Estos informaron, a Tomás Alemán que era brigada del ejército, es decir pagador, y a todos los leoneses de que ya Zelaya había desaparecido del escenario político, que el ideal revolucionario contra la dictadura había triunfado plenamente, y que el doctor Madriz, rodeado de todos los opositores leoneses que vivían y actuaban en San Salvador eran los dueños de la situación.

Seducidos por esos informes, el Brigada Alemán con los trescientos ex-prisioneros de El Recreo, se pasaron al enemigo. Un cuerpo considerable con dos ametralladoras del enemigo cubrió el flanco, y lanzó formidable e inesperado ataque contra el ejército del General Mena, que se declaró en derrota.

Aquí culminó la energía inquebrantable del General Luis Mena que se propuso salvar su armamento, sus tiros y con especialidad sus ametralladoras porque sabía que la revolución tenía pocas de esas armas. Obligó a los más altos oficiales a llevar en sus hombros las ametralladoras. El General Ildebrando Rocha, que por cierto no era muy fuerte, llevó una como una cruz; el General Alejandro Cárdenas llevó otra.

La orden fue de emboscarse en lo profundo de la montaña y el encargado de la operación, el General José María Moncada. El General Luis Mena quedó de retaguardia con doscientos soldados escogidos, pero sin ninguna ametralladora conteniendo al enemigo.

Incorporado al total del ejército el General Mena no les permitió más que una noche de descanso. Al día siguiente caminando sobre el soampo, ojo al enemigo, pero teniendo que vencer también a una naturaleza hostil, continuaron la marcha, y en cuatro días alcanzaron entrar con sus elementos íntegros en ciudad Rama.

Inmediatamente principiaron los preparativos para la defensa de la Costa Atlántica. Un ejército del Gobierno de Madriz que se calculaba en siete mil hombres avanzó en tres columnas: una al mando del General Godoy, sobre la antigua abra del ferrocarril, debía operar directamente contra Bluefields; otra al mando del General Chavarría contra el Rama y la tercera al mando del General Castillo Chamorro, debía operar en las márgenes del río Escondido procurando estar en contacto con Godoy y con Chavarría. Al mismo tiempo adquirió el Gobierno un vapor bastante poderoso llamado "El Venus", para operar por el mar y ejercer un estricto bloqueo.

El Gobierno del General Juan J. Estrada se preparó para la defensa; el General Emiliano Chamorro defendería Bluefields; el General Luis Mena defendería el Rama. También se adquirió una nave de menor consistencia que "El Venus" llamado "El Marieta", y el pequeño vapor existente en Bluefields desde el tiempo del General Zelaya llamado "El Blanca", del cual pasó a ser Almirante el General Alejandro Cárdenas.

Todos comprendimos que venía una guerra de fases nunca vista en Nicaragua. La profecía de don Pedro Joaquín Chamorro se cumplió al pie de la letra. El doctor Zenón Rivera, el doctor Moreira, los Ministros liberales del General Juan José Estrada, renunciaron. Surgió de hecho como Ministro General, Adolfo Díaz, y yo como un Sub-Secretario, también general, e incluso privado, del Presidente Estrada.

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Convocó nueva Junta de Notables el General Juan J. Estrada. Volví a sostener en esa Junta la tesis de una incorporación inversa de la Costa Atlántica sobre Nicaragua, de la cual tendría que ser la redentora de todo concepto dictatorial.

En realidad estaba la revolución plenamente conservatizada. El ánimo de lucha no se adormeció. El porvenir si era oscuro; ya lo verán mis lectores en otros capítulos de mis Cabos Suelos.

REMINISCENCIAS

Ha despertado vivo interés en el público la carta de mi cuñada Mercedes Zavala, para mi hermano Miguel, sobre el drama político del fusilamiento del General Filiberto Castro y del Coronel Anacleto Guandique. *Se me han hecho varias preguntas sobre la persona de mi cuñada, y sobre el acontecimiento descrito por ella en prosa familiar, sencilla, clara y vigorosa.*

El acontecimiento tiene el significado de una lección en la historia triste de nuestras pasiones políticas, y sin embargo los jóvenes del día lo han recibido como una novedad, porque el olvido va cubriendo la figura de los héroes y el dolor de las generaciones.

Me agrada el tema que por de pronto me encierra en límites familiares que me rejuvenecen.

Merceditas, como le llamábamos dentro de la familia, fue la hija mayor del General Joaquín Zavala, ilustre Presidente de la República en el período de los Treinta Años. Como las Zavala tenían familia en Guatemala, le fue fácil conseguir su entrada como alumna al famoso colegio del Convento de Belén, en donde se educaban las señoritas de la clase principal guatemalteca. Ahí, permaneció largo años siguiendo con aplicación e inteligencia los cursos de una severa enseñanza.

Fue completo el éxito de la educación de Merceditas, que desarrolló su sólida virtud, su despierta inteligencia y su elevado temperamento artístico. Regresó a su patria cuando su padre era Presidente de la República, y encontró en el hogar del prócer la circunstancia dolorosísima de la enfermedad grave de su madre doña Mercedes Barberena de Zavala.

El General Zavala haciendo esfuerzos para salvar a su noble compañera la envió a los Estados Unidos, llevando por médico de cabecera al doctor Adán Cárdenas, y de asistencia inmediata y amorosa a su hija Mercedes. Fueron muy tristes para Merceditas los accidentes de ese viaje que tuvo por remate, la muerte de doña Mercedes Barberena de Zavala. Regresó a Managua entre lágrimas y riguroso luto.

Me contaba a mí muchos años después el doctor Marcos E Velázquez un episodio de esa permanencia, que revela el alto temperamento artístico de Merceditas. El doctor Adán Cárdenas le recomendó a Velázquez, estudiante de medicina en los Estados Unidos, que la acompañara para comprar buena música de piano. Fue con Velázquez a un establecimiento famoso, en que se educaban los grandes pianistas. Llegados al primer piso en donde se expedía la música para los aprendices, el profesor la vio tocar con destreza, a primera vista, piezas difíciles de la música clásica. Le dijo el profesor: Señorita, este piso no es su lugar, suba usted al séptimo en donde tratan los músicos ya consagrados. Subieron al séptimo piso la examinaron rigurosamente, le abrieron sobre el piano las más difíciles piezas de la alta música clásica, y ella siempre con destreza, en dulce tono, con maravillosa armonía las ejecutaba a primera vista. De pronto se vio rodeada y aplaudida de un grupo de profesores del piano

Cuando regresó de su triste viaje, contrajo compromiso serio de matrimonio con mi hermano Demetrio. Creo que desde antes se amaban. Se casaron Demetrio y Mercedes en el año de 1885. Fue doña Mercedes Zavala de Cuadra recibida entre palmas, como un tesoro de nuestro apellido.

Mi madre, doña Virginia Pasos de Cuadra, tuvo siempre relaciones como de madre con sus nueras. Las quería, y ellas la amaban y respetaban, como lo revela el texto mismo de la carta. Merceditas envolvía en especial y dulce ternura

esas relaciones En los tiempos prósperos de la familia Cuadra ella fue una rosa perfumada y bella en el jardín que cultivaba doña Virginia.

Vinieron los días tristes, la ruina de la fortuna familiar, la persecución, el dolor, y Merceditas sin perder su sonrisa, sin menguar su temperamento esencialmente artístico y delicado, bajó la cabeza resignada y siguió siendo flor del mismo jardín entristecido y mustio.

Cuando escribió la carta comentada vivía en una casita sin ladrillos, verdadera choza, desde donde abnegadamente cuidaba de los hermanos Demetrio y Eulogio Cuadra, que gemían en la Penitenciaría sin doblegarse mancornados dichosamente por una misma cadena. Y no se crea que ese vocablo, dichosamente, lo ha soltado mi pluma sin valorarlo antes. En el mancuerno con la misma cadena se vieron dramas terribles en la Penitenciaría, uno de ellos el de mi primo Propicio Pasos que fue mancornado con un tuberculoso, y salió de la Penitenciaría para morir al año de tisis galopante.

Puestas estas reminiscencias, como capítulo de mis Cabos Suelos no puedo menos que caer a mis recuerdos personales sobre la fúnebre fecha. La mañana del día del fusilamiento vino a mi casa Chepita Vega de Cuadra, esposa de mi primo Manuel Antonio Cuadra para suplicarme la acompañara a Masaya porque le habían avisado la muerte de su señor padre don Abelardo Vega Manuel Antonio y ella residían en Malacatoya, pueblecito en el camino hacia Chontales, en donde tenían instalados un negocio provechoso, y al cuidado del cual tuvo que quedarse Manuel Antonio.

Inmediatamente adquirí un carruaje para que nos llevara a Masaya, adonde llegamos un poco después del medio día. Asistí al entierro de don Abelardo; ya se sentía sobre Masaya un ambiente pesado por el rumor del fusilamiento.

Estando en el cementerio, la familia Vega, que supo que el Jefe Político había resuelto ponerme preso por precaución, me mandó al cementerio una buena bestia para que me viniera a Granada. Efectivamente, del cementerio, vestido de luto, salí a mata caballo para Granada adonde llegué en hora avanzada de la noche.

Granada, estaba tranquila porque todos sus hombres de figuración política estaban presos, emigrados o huyendo entre escondites misteriosos.

Me acosté cansado y me dormí profundamente. A la media noche golpeó mi puerta mi madre ordenándome que me levantara, porque mi cuñada Clotilde Pasos esposa de mi hermano Miguel estaba de parto y había que hacer ciertas comisiones. Pocas horas después, con toda felicidad nació el primogénito de ese joven matrimonio.

Miguel dispuso que se le pusiera al niño el nombre de Filiberto en recuerdo del mártir. Pero tanto Clotilde, la esposa, como mi madre se opusieron.

Mi madre argumentó que ese niño ya traía su nombre a través de una tradición familiar a llamarse Miguel, en todas las generaciones repetido en la familia Cuadra. Había nacido Miguel sexto, y con la marca del nombre, destinado a morir joven y trágicamente.

Granada estaba quieta pero profundamente triste. Todos teníamos el pensamiento puesto en la tragedia terrible ocurrida en Managua. Después tuve muchos datos respecto a la conducta de esos dos héroes, Castro y Guandique. Por ejemplo, Guandique que pasaba su capilla en una pequeña celda frente a la de mis hermanos Demetrio y Eulogio, furtivamente entregó a Eulogio una carta para su madre, en que le declaraba categóricamente que moría inocente del delito

que se le atribuía. Eulogio, en el celo de conservar el sagrado documento, le quitó la plantilla a uno de sus zapatos y bajo de ella puso la carta.

Así la conservó hasta que salió el once de julio del mismo año en virtud de la acostumbrada amnistía que daba Zelaya en esa fecha. Todo estaba listo en mi casa para que Eulogio se fuera del país inmediatamente. Así lo hizo. El me contaba que llegó donde la madre de Guandique, le entregó la carta, y la pobre señora, besándola, cayó de rodillas dando gracias a Dios por la inocencia de su hijo.

Eulogio le pidió una copia de la carta. La guardaba muy cuidadosamente. Yo la leí en Tegucigalpa, y no sé si estará entre los papeles de mi hermano ya difunto.

Respecto del inaudito valor con que se enfrentaron a la muerte aquellos dos hombres, mi inolvidable amigo don Jesús Sándigo me contaba que él, muchacho joven, había ido a presenciar el fusilamiento. Logró colocarse a pocos pasos del patíbulo. Llegaron Castro y Guandique con paso firme, rostro levantado y frente despejada por la inocencia. El patíbulo consistía en dos taburetes. Castro inmediatamente se sentó en uno de ellos. Guandique se puso de pie, erguido delante del taburete que le correspondía y le dijo a Castro: "Recuerde General, que los militares mueren de pie".

Castro respondió: "Eso está bien en usted que es joven, ya estoy demasiado viejo para esas etiquetas. Muramos los dos, con la frente levantada, y la mirada puesta en el cielo en donde se conoce la limpieza de nuestras almas".

Y sonó la descarga fatal, y los cuerpos fueron quemados, y las cenizas esparcidas sobre el Lago, pero los corazones de aquellos valientes, que no gimieron en el patíbulo, triunfaron ante el juicio divino.

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Sin embargo nadie se ha preocupado de mantener su recuerdo como noble ejemplo, ni aún los mismos que se salvaron por la rectitud de Castro y Guandique al negarse a comprometerlos en falsas declaraciones.

Debiera consagrarse un recuerdo permanente de la terrible tragedia, no con ánimo de culpar a éste o aquél Partido, sino a la vorágine de nuestra atroz política.

SEGUNDA REMINISCENCIA

Conversando con mi amigo don Enrique Guzmán Bermúdez, me recordaba un episodio especialmente interesante para mí, y que es un rasgo en la historia de la dictadura del General Zelaya, que exhibe la severidad de sus métodos.

En el año siete de este siglo, cuando se despertó la conspiración liberal contra el régimen, Zelaya decretó la ley inglesa de la Edad Media, llamada Cubre Fuego. En virtud de ella al toque de queda todo el mundo debía encerrarse en su casa, nadie podía circular por las calles y todas las puertas debían permanecer cerradas. Para cumplir tan dura disposición señaló las ocho de la noche para el toque de queda, y encargó de la vigilancia a una pequeña caballería al mando de un oficial, que llevaban a la riata dos mulas, de lomo llagado. Al que encontraban como transeúnte después de la queda y no llevaba permiso especial, lo montaban en las mulas y después de pasearlo por la ciudad, en cruel burla, lo llevaban a la cárcel, de donde no salía el día siguiente si no pagaba una fuerte multa.

En ese año vivía en una esquina, hoy trasera del hermoso edificio del colegio de María Auxiliadora don Enrique Guzmán, acompañado de don Fruto Chamorro. Este era casado con Bernabela Irribarren, hija del primer matrimonio de la esposa de don Enrique, y del famoso poeta Juan Irribarren, cantor inspirado y noble de la gesta de la lucha contra Walker. Desgraciadamente no hay un tomo de esa sonora, armoniosa y patriótica poesía.

En la esquina diagonal donde antes fuera el templo de San Sebastián, vivíamos en casa edificada sobre solar sagrado, mi hermano Miguel con su familia y yo con mi hermana Isidora.

En la otra esquina paralela vivía Narciso Arellano.

Todas las noches, antes del toque de queda, don Enrique Guzmán, don Fruto Chamorro, Narciso Arellano, llegaban a formar tertulia, con puerta cerrada en la casa de mi hermano Miguel. Amenísima e instructiva resultaban para mí aquellas sesiones de sabiduría política, de comentarios históricos, de ingeniosos reparos a la actualidad, que yo el más joven absorbía con avidez. Muy rara vez me atrevía a interrumpir la charla con una investigadora pregunta.

Don Enrique Guzmán Bermúdez me dijo que él no había dejado de tener cierta sorpresa de ver que no soltara a volar ese recuerdo en mis Cabos Suelos. Contesté a don Enrique que la intención de mis Cabos Suelos, tal vez demasiado atrevida, era dar lecciones a la juventud sobre las cosas tristes de nuestro pasado político, y que por muy hondo que callara en mí ser el recuerdo, se quedaba atado en mi inteligencia, si no le veía clara la lección que se podía deducir de su relato.

Casualmente hace muy poco terminé de leer un estudio filosófico magnífico intitulado "La Lección" de Fray Luis de León. Fray Luis que tan grande éxito tuvo en la literatura clásica española del siglo XVI, sentó este principio: "Al que escribe para sí mismo, le acontece lo que acontece a la tierra que cuando no produce trigo, da espigas". El catedrático de Salamanca fue una novedad insigne en la abundancia de su literatura religiosa y profana.

Sólo medio siglo había transcurrido después de muerto Fray Luis de León, cuando se levanta en la literatura el Fénix de los Ingenios, Lope de Vega, que escribe para sí mismo Fray Luis de León, escribía para el público y lleva a sus lectores hacia Dios. Lope de Vega escribe para sí mismo y forma un dios personal, complaciente con los pecadores. Dice el autor filosofando: "Con Lope de Vega, ya no hay Dios, ni leyes, ni orden universal; sino, mi dios, mis leyes y mi

orden. Sus obras no tienen un interés general sino plenamente personal”.

Así expliqué a don Enrique el haber pasado por alto ese episodio que me fue utilísimo para mi educación literaria y política. Pero después he meditado que es justo el reparo de don Enrique, y hoy que puse al final de mis Cabos Suelos la reminiscencia sobre mi cuñada Mercedes Zavala, creo necesario, soltar, para conocimiento de mis lectores, algo de los personajes de la tertulia, de sus conocimientos, y de sus lecciones.

De don Enrique Guzmán, el viejo, no necesito dar mayores explicaciones. En REVISTA CONSERVADORA se está publicando su diario, y todos saben en Nicaragua el proceso de su inteligencia en los vaivenes que le impuso a su pensamiento la reflexión y la experiencia. La espiritualidad de su conversión, la brasa que en su alma encendió el santo Papa Pío IX. Bellamente lo declara don Enrique en un artículo, cuando fue proclamado el dogma de la Concepción de María: Qué Pontífice el tuyo, Madre Santísima! Ya todo el corazón de don Enrique era brasa inapagable.

Don Fruto Chamorro un personaje sencillo, a veces cándido en su alma, pasó desconocido por nuestra historia, y creo sin embargo que fue el superior en mente de los hermanos Chamorro Bolaños. Fue educado en un colegio de Alsacia, cuando esta provincia francesa era tierra de nadie. Recibió una instrucción intensa. Hablaba el Francés, mejor que el Español y hablaba también el Inglés. Conocía toda la literatura francesa, y se explayaba en largos párrafos sobre los puntos de la Filosofía de su historia que afectaban a la historia Universal. Yo pendía de sus labios con los ojos muy abiertos cuando él se entusiasmaba y alzaba la voz en aquella amenísima tertulia.

Narciso Arellano, fue educado en Fordham por los Jesuitas. Conocía el Inglés admirablemente bien. Daba gusto oírle traducir a Shakespeare, y deducir de ello lecciones sobre nuestra Historia. Cuando los otros dos maestros querían aclarar algún punto de la literatura inglesa, interrogaban a Narciso, y él nunca faltó a la cita, ya se tratara de Shakespeare, ya de Lord Macaulay, o ya del desarrollo asombroso de la libertad y de la democracia en Inglaterra y en los Estados Unidos.

Permítaseme, que con ternura no olvide a mi hermano Miguel. También instruido, pero poco serio, se concretaba a amenizar el parlamento derramando sobre las lecciones la sal de su humor juvenil y fresco.

Muchas veces se nos iba el tiempo y nos cogían altas horas de la noche. Las once y una vez hasta las doce. A mí me tocaba salir a revisar el campo para que aquellos pájaros cantores, pudieran uno por uno, regresar a sus nidos.

Yo me quedaba siempre dándole vueltas y más vueltas a las lecciones recibidas. Muchas veces, con protesta de Clotilde la esposa de Miguel, le iba a llamar a su aposento para que me aclarase algún punto de los que se habían discutido, sobre errores cometidos, del uno o del otro partido. Sobre las tendencias a la dictadura del Partido Liberal y a la oligarquía del Partido Conservador. De la manera de combatir esas tendencias tal como lo han hecho en Inglaterra y en los Estados Unidos. Me convencí de que la política no es el arte fácil, de soplar y hacer limeta como dice el vulgo, porque muchas veces nos quema el fuego cuando lo soplamos.

Cierro los ojos y veo desfilar, cojeando a don Enrique, el viejo con todo el volúmen de su experiencia en los hombros; a don Fruto Chamorro Bolaños descuidado en la elegancia del vestido, pero dueño de poderosa instrucción, de

juicio sereno, generoso y benévolo en las cosas personales; Narciso Arellano, casi siempre con un tomo de Shakespeare en la mano, e investigando si existía traducción de tal ensayo de los Estudios Políticos de Lord Macaulay; de la muerte de Oliverio Cromwell el dictador omnipotente de Inglaterra, casi un rey, sepultado entre los reyes; y que después fue desenterrado cuando la restauración de los Estuardos. Hecho odioso en cuanto podría significar venganza, pero fue completado por una política esencialmente democrática y libre de la dinastía inglesa. Mas tarde, mucho más tarde cuando yo ya había sido sacudido por los vientos encontrados de nuestra política contemplé cómo el General José María Moncada, que al llegar triunfante la revolución mandó a quemar todos los retratos de Zelaya en las oficinas públicas, ya Presidente tuvo que poner el nombre de Zelaya a nuestra Costa Atlántica, es decir al frente de nuestro solar al Océano Atlántico, por donde navegó la cultura cristiana hacia nosotros; y mi hermano Miguel diciéndome al final: No te preocupes hombre, ya verán como esos sujetos los repone Dios, porque sin ellos sin su cerebro, sin sus corazones Nicaragua seguirá en los siglos venideros, como en el siglo pasado, en la lucha infructuosa, sangrienta y destructora de los partidos.

FE DE ERRATAS

He recibido la siguiente carta:

Estimado Doctor:

En su último artículo publicado en la REVISTA CONSERVADORA hace usted referencia al cubano Sr Guridi como amigo de su hermano Miguel

Por lo que puede valer me permito recordarle que ese señor, que por cierto era muy bilioso, se llamaba Alejandro Angulo Guridi, no Guridi Guridi como usted le dice Yo lo conocí muy bien

Perdone la rectificación

Tiene razón mi corrector: Angulo Guridi, se llamaba Guardo yo un trabajo valioso de él publicado en Chile sobre la política nicaragüense Debo advertir que estaba yo en Honduras exilado cuando mi hermano Miguel intimó con él ilustrado chileno Yo sólo dos veces tuve ocasión de tratar con él Las dos que relaté en mis Cabos Suelos Permítame mi corrector que le critique el no haber firmado su carta, dándome la cara de frente, para rendirle las gracias, y pedirle siempre su acertada crítica

EPIGRAFE

Por razones de arte en la distribución de sus páginas la REVISTA CONSERVADORA suprimió el último párrafo de la segunda Reminiscencia, que escribí inspirado en una conversación que sostuve con don Enrique Guzmán Bermúdez. Varias veces he dicho que escribo estos recuerdos con la intención de que sirvan como lecciones para las nuevas generaciones, desgranadas ellas de la experiencia de mi agitada vida. Lo grave es que en ese párrafo estaba nada menos que la moraleja que se deducía de la Reminiscencia. Dice así el párrafo:

Todos están muertos, amigo don Enrique Guzmán Bermúdez. Las cuatro esquinas escenario de las amenas tertulias han sufrido transformaciones, pero esté usted seguro, que las lecciones que recibí en aquellas noches amenísimas, fueron trigo en mi terreno, y que cada vez que las he olvidado, me han nacido en el mismo terreno espinas, y las he sentido muy duramente clavarse en mi carne, para procurar en adelante evitarlas.

Y cierro la Reminiscencia dedicándosela a mi amigo don Enrique Guzmán Bermúdez, en aquel año infante, hoy viejo y letrado como su padre.

EL DOCTOR MADRIZ COMO ESPERANZA DE CONCILIACION Y PAZ

Tanto en Nicaragua como en los otros países de Centro América, y aún en todo el Continente, la Presidencia del doctor *José Madriz* fue vista con general simpatía, y apreciada de primera intención como una esperanza del restablecimiento de la paz y de los ejercicios de la democracia representativa en Nicaragua.

Eran los representantes del doctor Madriz en Costa Rica, los caballeros Salvador Cerda y Clodomiro Urcuyo. Los dos me escribieron una carta manifestándome que el doctor Madriz tenía el propósito de visitar Bluefields, para arreglar con los generales Juan J. Estrada y Emiliano Chamorro sobre base de un Gobierno Nacional.

Cerda y Urcuyo me pedían que sondeara al Gral. Estrada y les dijera si su ánimo era favorable a esa entrevista y al arreglo de la paz, tal cual lo habían hecho el año de 1856 los generales Tomás Martínez y Máximo Jeréz.

Conversé el caso con todos los jefes importantes, y el Gral. Estrada se mostró propicio para dar ese paso. Sólo Adolfo Díaz manifestó que desconfiaba, no de Madriz, sino del zelayismo que le rodeaba.

Contesté a Cerda y a Urcuyo la aceptación por parte de Estrada y de Chamorro del arreglo, y aún se insinuaba el pensamiento de crear una Junta de Gobierno presidida por el doctor Madriz y con la presencia de Estrada y Chamorro.

Por los informes que había mandado al Gobierno Americano el Almirante que mandaba las naves que bloqueaban Nicaragua, era notorio que el Gobierno de los Estados Unidos

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

se inclinaba al reconocimiento de Madriz y simpatizaba con los trabajos de Cerda y Urcuyo.

Desgraciadamente tal cual lo previó Adolfo Díaz, por su criterio positivista y malicioso, el doctor Madriz no pudo verificar el viaje a Bluefields y se decidió por la guerra enérgica.

Fracasada esa faz halagadora, la Corte de Cartago, de que era miembro el propio doctor Madriz, intervino ofreciendo en larga telegrama dirigida a Estrada, su mediación inmediata.

El Gral. Juan J. Estrada, previa consulta con sus consejeros inmediatos, contestó a la Corte de Cartago aceptando la mediación para verificar unas elecciones libres en que el pueblo de Nicaragua fallara sobre el conflicto. Estas elecciones serían supervisadas por la Corte y por el Gobierno de los Estados Unidos.

Fue la primera vez que se proyectó esa solución que a la larga de muchos años vino a ser el término del conflicto bélicos y destructor de los dos Partidos Históricos, que llegaron a ese final cuando se había derramado mucha sangre y destruido mucha riqueza.

FORMIDABLES PREPARATIVOS DEL GOBIERNO DE MADRIZ PARA LA OFENSIVA CONTRA LA REVOLUCION

Ya vimos en estos Cabos Suelos, cómo correspondió el Gobierno del Gral. Juan J. Estrada a la falta de la cita pacifista del doctor Madriz. Relatamos lo que se puede llamar la ofensiva de la revolución, y su total fracaso. Ahora los informes que venían del interior detallados sobre los elementos que movilizarían por mar y por tierra el doctor Madriz, contra la revolución eran alarmantes.

Por de pronto había aparecido la nave El Venus, bien artillada, y ejerciendo un bloqueo más o menos efectivo sobre toda la Costa Atlántica.

Debía prepararse activamente el Gobierno del Gral. Juan J. Estrada, ya conservatizado en sus elementos directores. Se dispuso enviar inmediatamente a los Estados Unidos una comisión compuesta por don Pedro Joaquín Chamorro y Silvio Selva, para ver de conseguir un armamento y también un vapor de regular calado para enfrentarlo a El Venus.

Estaban íntegros en el Rama los pertrechos salvados en el río Siquia. Y debíamos recaudar fondos en grande escala para que fuera efectiva la misión de Chamorro y Selva.

En ese momento don Fernando Uriza me habló de que estaba en aptitud para pagarme una deuda que me debía, por traspaso de la casa Virginia de Quadra e Hijos. Era poco más o menos de dos mil doscientos dólares. Dí como contribución para la compra del armamento la mitad y me quedé con la otra mitad para mis gastos personales.

El Gobierno de los Estados Unidos seguía con respecto a la revolución la misma política que tiene ahora con respecto a Cuba y que un autor al comentarla ha calificado con el

adjetivo criollo, de pastelera. Simpatizaba con la revolución de Bluefields, pero escondía la mano al protegerla. En virtud de esa actitud todo le costaba caro a la revolución.

Armó el Gobierno de Bluefields, una escuadra compuesta de un vapor, menor que El Venus, pero también potente, llamado El Marieta, y de un pequeño vapor existente desde los tiempos del Gral. Zelaya llamado El Blanca, para acostillar a El Marieta en sus operaciones. Fue nombrado Almirante en jefe de esa escuadra el Gral. Tomás Masís y Capitán de El Blanca el Gral. Alejandro Cárdenas.

Por fin avisaron don Pedro Joaquín Chamorro y Silvio Selva, que habían conseguido comprar ametralladoras que nos hacían falta. Estas eran de muy buena calidad y con una dotación holgada de pertrechos. Esperábamos este armamento con grande ansiedad.

En planes al respecto salieron El Marieta y El Blanca en atrevida excursión hacia Corn Island. El Venus permanecía en riguroso centinela frente al Bluff. Nosotros en El Bluff, divisando el horizonte con anteojos de larga vista sentíamos temor, porque ese mismo día debía llegar el armamento. De repente El Venus se alejó ligero hacia San Juan del Norte, y por una protección providencial al mismo tiempo se puso a la vista el vapor que traía los elementos de guerra, y que logró entrar ileso al Bluff y descargar su esperado tesoro.

Años más tarde tuve ocasión de saber que no fue mera casualidad el alejamiento de El Venus, sino debido a un ardid del capitán americano que estaba frente al Bluff. Conociendo el Capitán que El Venus tenía muy buen receptor de radio envió un informe al Ministerio de Marina de Washington, diciéndole que la escuadrilla de El Marieta y El Blanca habían salido con suficiente tropa para tomar San Juan del Norte.

El Venus abandonó el bloqueo para ir a defender San Juan del Norte. El Marieta y El Blanca cumplida su comisión en Corn Island, regresaron también sin novedad.

Según los informes que recibimos del interior sobre el ejército que operaría contra la revolución, era éste de siete a ocho mil hombres. Venía en tres columnas: Una debía operar sobre el Rama al mando del Gral. Chavarría; otra al mando del Gral. Godoy, en marcha heroica sobre el viejo camino del proyectado ferrocarril, operaría directamente sobre Bluefields; y la tercera columna de movilización ligera al mando del Gral. Castillo Chamorro debía operar sobre las márgenes del río Escondido dándose la mano con Chavarría y con Godoy.

El ejército de la revolución nunca pasó de dos mil quinientos hombres; mil doscientos al mando del Gral. Emiliano Chamorro defenderían Bluefields, otros mil doscientos al mando del Gral Luis Mena defenderían el Rama. Una guarnición de cuatrocientos hombres al mando del Gral. Zeledón, y teniendo por segundo jefe al Gral. Fernando Elizondo estaban encargados de la defensa del Bluff, que se tenía por inexpugnable.

EPISODIO DE LA TOMA DE EL BLUFF

El doctor Julián Irías era el jefe supremo, llamémosle Almirante, del barco El Venus. Traía a bordo una columna de quinientos hombres muy escogidos, al mando del Gral. Fernando María Rivas. El doctor Irías tomó la atrevida resolución de asaltar la fortaleza del Bluff, lográndolo una noche tenebrosa, de esas que son espanto de los navegantes en el mar Caribe.

En plena tempestad, procedió Fernando María Rivas, pecho descubierto al asalto, desembarcando por el estrecho istmo llamado Tortuguero, que defendía el Gral. Fernando Elizondo, también de valor temerario.

Atenido a la noche aterradora el Gral. Elizondo dormía tranquilo, y sólo corrió a la defensa a las primeras descargas que le despertaron y con tan mala suerte que cayó gravemente herido en la primera hora del fuego.

El Tortuguero fue tomado y sin perder tiempo el Gral. Fernando María Rivas completó la conquista del Bluff.

El Marieta, entre tanto, estaba ausente operando en el Rama El Gral. Alejandro Cárdenas atacó constantemente a las tropas de Fernando María Rivas, haciendo posible que gran parte de los derrotados pudieran volver a Bluefields en medio de aquel infierno, de rayos cruzando el oscuro cielo, es decir tormenta en la tierra y en el cielo por la lucha feroz entre nicaragüenses.

Desde la casa de Adolfo Díaz, en donde tenía instalado el mando en jefe el Gral. Chamorro, seguíamos ansiosos el ruido ensordecedor de aquella horrible noche. La comunicación telefónica con El Bluff, que era directa quedó interrumpida. De repente, repicó la campanilla del aparato que se comunicaba con El Bluff. Corrí a contestar:

Una voz extraña, me preguntó: Con quién hablo?

Contesté: Con Carlos Cuadra Pasos, y yo?

Con Fernando María Rivas, amigo Cuadra Pasos. Llamo para proponerles que se rinda Bluefields, cuya defensa es imposible estando El Bluff en nuestro poder. Ustedes, tienen la palabra.

Advierto que yo tuve muy buena amistad con el Gral. Fernando María Rivas. Había conspirado con él en contra del Gobierno del Gral. Zelaya, cuando él era Gobernador Militar de Granada, y yo Pasante de Derecho. Ya conté ese episodio en uno de mis anteriores Cabos Suelos.

Inmediatamente dí la noticia al Gral. Chamorro y a Adolfo Díaz, que también se conmovieron ante tan grande peligro.

En seguida avisaron que llegaban a los muellecitos de Bluefields varias gasolineras con derrotados. Fuí a recibirlos. No menguaba la tormenta en terrible rayería en el cielo y no menos terrible cañoneo de El Blanca en la bahía.

A la luz de los reflectores, vi al Gral. Luis María Gómez, colombiano al servicio de la revolución y que venía entre los derrotados. Personaje inteligente, muy instruido, de cuerpo voluminoso y de voz muy sonora, el cual me saludó pronunciando la traducción de los hermosos versos de Homero:

Padre Jove, disipa las tinieblas de la noche, haz que veamos, y a la luz esplendente de la aurora, que todos perezcamos si te place.

No pudo menos que conmovirme hondamente la sonora voz del Gral. Luis María Gómez, que parecía venir del eco de los siglos.

Fue desembarcado herido de gravedad el Gral. Fernando Elizondo. Se principió a discutir la actitud que debíamos adoptar ante semejante pérdida, y aún antes que la luz esplendente de la aurora disipara las tinieblas de la noche a que estábamos afrontados.

Nos reunimos en la casa de la Intendencia, el Gral. Juan J. Estrada, el Gral. Emiliano Chamorro, don Adolfo Díaz y yo, y nos pusimos al habla por teléfono con el Gral. Luis Mena. El Gral. Juan J. Estrada opinó que nos embarcáramos en El Marieta y abandonáramos la lucha sin pasar por las reglas humillantes de una rendición. El Gral. Emiliano Chamorro opinó que levantáramos inmediatamente el campo y nos trasladáramos al Rama y junto con el Gral. Mena a Chontales para hacer una guerra de montaña. El Gral. Mena opinó que nos reconcentráramos al Rama para hacerlo el centro de la defensa y ahí jugarnos el todo por el todo.

Don Adolfo Díaz mantuvo la tesis de que permaneciéramos en Bluefields, esperando la reacción del Gobierno Americano. Razonó su opinión diciendo, que al perder el contacto con el exterior estaríamos completamente perdidos. Sostuve la opinión de don Adolfo con la energía de la misma convicción, y la logramos imponer en todos los sectores.

Ya bastante adelantada la noche el Gral. Chamorro y don Adolfo Díaz se retiraron a descansar un rato. Chamorro me ordenó: "Nuestra suerte está en que nos ataque Godoy inmediatamente, porque si no el día de mañana al conocer el ejército nuestro desastre del Bluff, se sentirá con su retaguardia en manos del enemigo y se nos puede desbandar. Quédese usted a la vigilancia y nos despierta inmediatamente que se ponga claro el suceso". Como a las cuatro de la mañana me habló el Gral. Durón para participarme que en ese momento se aproximaba el Gral. Lara para atacar y que ya se iban a romper los fuegos. Desperté al Gral. Chamorro y

CARLOS CUADRA PASOS

a Díaz. Efectivamente media hora después, y antes de las claras de la mañana, estaba el fuego prendido en todo el semicírculo de la defensa de Bluefields.

El Gral. Chamorro y Adolfo Díaz, dispusieron que fuera yo al Rama para convencer al Gral. Mena de que se diera gran parte de su ejército para la defensa de Bluefields. Sin pérdida de tiempo salí para el Rama en una gasolina muy rápida, llamada El Diablo Volador, y llevando por compañero al doctor Leopoldo Rosales.

Frente a Magnolia, en la ribera del frente estaba el ejército de Castillo Chamorro, y tuvimos que pasar bajo su fuego graneado, recostándonos lo más posible a la otra orilla y dándole a la gasolina su velocidad máxima. Llegué al Rama, algo me costó convencer al Gral. Mena de lo ineludible que era el paso para salvar a la revolución. Por fin el Gral. Mena me dijo que el día siguiente daría setecientos cincuenta hombres. Por dicha estaba ahí el vapor Marieta para verificar el traslado. Esta operación realizada con verdadero genio militar por el Gral. Mena merece capítulo especial.

MANIOBRAS DEL GRAL. MENA

El problema para el Gral. Mena fue enviar tropas a Bluefields, sin que su enemigo el Gral. Chavarría, notara la debilidad en que quedaban las defensas del Rama. Para ello fue sacando la tropa por partidas de sus diferentes puntos de defensa. En cada una dejaba una pequeña guarnición conservando el clarín.

La tropa recibió la consigna estricta de ir al embarque en el mayor silencio. En tanto el clarín repetía sus toques acostumbrados y la pequeña guarnición prorrumplía en gritos y alardes bélicos. De esa manera embarcó en el Marieta setecientos cincuenta hombres bien equipados.

Mientras se realizaba esta operación en el Rama, a Bluefields llegó en un intermedio de la batalla, el doctor Crisanto Sacasa, para pedir en nombre del Gral. Godoy, la rendición incondicional pero otorgando garantías a los rendidos.

El doctor Crisanto Sacasa, que es mi pariente inmediato, preguntó por mí, y recomendó que me dijeran que a la hora de la derrota inevitable, no me expusiera en una fuga por mar o por tierra, porque él me garantizaría plenamente. Contesté por medio de los que me dieron la razón rindiendo las gracias de su fineza al doctor Sacasa y ofreciéndole el mismo trato a la hora de nuestra victoria que daba por segura.

Durante esa visita el doctor Sacasa tuvo un noble gesto, que lo exhibe como hombre de acero en la lucha. En Bluefields los que le recibían le invitaron a almorzar con ellos, y él declinó la invitación diciendo que al emprender la marcha había comido en su campamento; esto no era verdad. En el campamento del Gral. Godoy se padecía de hambre, por lo mismo fue un gesto de varón arrogante y digno el de mi ilustre pariente.

Regresé a Bluefields en el vapor Marieta con las tropas auxiliares, lo que significaba que había cumplido satisfactoriamente mi peligrosa y difícil comisión. Al pasar frente a las tropas de Castillo Chamorro lo hicimos en la oscuridad de la noche, y aunque al final notaron la presencia del Marieta no pudieron hacerle daño con sus tardías descargas.

En Bluefields el refuerzo entró a repartirse por el Gral. Chamorro según el estado de cada una de sus tres fortalezas de defensa. Punta Caliente, La Loma del Cementerio y Punta Fría.

Para terminar su ardid el Gral. Luis Mena, llamó a tres altos y valerosos oficiales de su ejército, y les dijo que necesitaba urgentemente apoderarse de uno o varios números del ejército de Chavarría, para recoger unos informes que eran necesarios para la defensa total de la revolución. No explicó la verdadera forma de esta operación a los ejecutores porque dijo que entonces no la ejecutarían con el debido coraje.

Los tres bravos oficiales realizaron su cometido brillantemente y volvieron de su asalto con unos cinco o seis prisioneros del ejército de Chavarría. Este militar cayó en la falsa apariencia de un ataque general que se le venía encima y se alistó para él tanto más que en esa forma se pronunciaban todos los clarines de las posiciones del Rama.

LA BATALLA EN PLENO DESARROLLO

En toda la línea se peleó con grande coraje por ambos lados. Todos los asaltos, intentados sobre los tres puntos de la defensa fueron rechazados con grandes pérdidas del enemigo.

Cuando el fuego estaba en su mayor rigor en la Loma del Cementerio de Bluefields, el Gral. Chamorro me mandó a una delicada comisión ante el jefe de la Loma. En la bahía frente al Bluff se había encallado el vapor San Jacinto, pequeña nave que había trasladado Zelaya desde el Lago de Managua hasta San Juan del Norte para que sirviera de pupilo al Venus, que no podía protegerlo porque estaba en otras dificultades de que hablaré después. Llegué montado en la mula del Gral. Chamorro hasta una gran piedra que quedaba al pie de la Loma hacia el lado de Bluefields.

Un admirable espectáculo se puso a mi vista. Los dos hermanos Masís que capitaneaban el puesto, estaban conversando. El Gral. Tomás Masís montado en su caballo y con la pierna derecha cruzada sobre la pistolera de la montura; su hermano el Gral. Asunción Masís de pie a su lado le decía algo de importancia para la batalla. Miles de balas los cubrían, repicando sobre el zinc de la casa campamento. Francamente tuve miedo de llegar hasta ellos y permanecí sentado en aquella piedra gritándoles para ver si me oían; pero era ésto imposible por el estruendo del combate.

En eso pasó a mi lado el Coronel Ramírez que tenía el apodo de Caite por la forma de su cara, se me acercó y me preguntó que qué estaba haciendo ahí. Le expliqué mi comisión y él se me ofreció para llevar mi mensaje a los hermanos Masís. Habiendo hablado con ellos se montó en toda forma en su bestia. El General Tomás Masís, vino para conversar conmigo. Le expliqué el objeto de mi comisión que era pe-

dirle un metrallista con su ametralladora y un grupo especial no mayor de veinticinco para que fuera al asalto del San Jacinto.

Se regresó a la cúspide de la Loma el Gral. Masís, y mientras él tomaba las disposiciones del caso contemplé el poder del destino del hombre y lo terrible de la guerra, cuando vi venir dos soldados que cargaban un muerto con un balazo en la mitad de la frente. El muerto era el Coronel Gaite que acababa de conversar conmigo. Todos mis nervios se crisparon y las más tristes reflexiones cruzaron por mi mente.

Cómo una hora después vinieron los encargados del asalto del San Jacinto. Era el jefe, y el experto metrallista el Coronel Coronado Rayo, persona de mi íntima amistad. Cuando caminábamos hacia Bluefields le manifesté una vez más lo que me molestaba que él se hubiera colocado en un servicio tan peligroso como era el de metrallista. Con respeto y aún con zalamería me dijo: Yo vine desde San Salvador para jugarle la vida en esta causa que me pareció justa y necesaria.

Más tarde verán ustedes cuánta razón tenía yo de temer por su vida dedicada como estaba al manejo de una ametralladora y con fama de haberlo muy bien por su valor personal y por su competencia.

Cuando llegamos e iban a tomar en el muelle las gasolineras, el San Jacinto logró desencallarse, y partió hacia la protección de El Venus en el mar. Ya hablaré en otro Cabo Suelto de la biografía de ese joven Coronado Rayo, sólido cristiano, entusiasta patriota que dió la vida y no escatimó sacrificio.

PRIMERA PROTECCION DEL GOBIERNO AMERICANO A LA REVOLUCION

Hay grandes triunfos que se vuelven derrota. La presencia del doctor Irías en El Venus, hizo perder al doctor Madriz su condición de elemento conciliador y le cayó en todo su rigor la excomuni6n del zelayismo.

El Gobierno americano notific6 al doctor Irías de que no consentiría por ning6n punto que ellos operaran sobre Bluefields, porque estaba poblada por gran cantidad de ciudadanos americanos y tenían valiosos intereses que se pondrían en peligro. Que por lo tanto ni en asaltos, ni en forma de bombardeos lejanos permitiría ninguna ofensiva sobre Bluefields.

Tambi6n para proteger los altos intereses americanos sería trasladada la Aduana a la isla formada en la desembocadura del río Escondido. Cuando el río Escondido va a desembocar en el mar se parte en dos brazos que ya tuve ocasi6n de describir, uno de mayor hondura que corre faldeando al Bluff y otro de mucho menor calado que lo separa de Bluefields. Esta disposici6n, no prevista por Adolfo DÍaz y por mí pero que entraba en las posibilidades, fue aplastante, desconcertante para el Gobierno del doctor Madriz.

Sin embargo la batalla seguía en fiera pelea entre hermanos nicaraguenses.

MALEVOLENCIA DEL CONSUL MOFFAT

En esos difíciles momentos malévolamente apareció el Cónsul General de los Estados Unidos Moffat proponiendo la separación de la Costa Atlántica como Estado Independiente. Su intención era indudablemente desconcertar y arrastró algunos de los personajes esencialmente costeños.

Nosotros vimos con claridad que no podía ser tesis del Gobierno Americano, porque siempre éstos habían defendido la unidad de Nicaragua, que en realidad fue posible frente al Poder de Inglaterra por el apoyo constante y decidido de los Estados Unidos. Aún más, el deseo del Gobierno Americano, su tesis sostenida en las conferencias de Washington es la de la unión de Centro América, porque les es más fácil para ellos operar en pro de la unidad del Continente, reconstruyendo las cifras coloniales. Más tarde tuve yo ocasión de comprobar plenamente ese criterio de los Estados Unidos.

En aquellos días la reacción de los hombres de la revolución fue clara y terminante de abandonar Bluefields, abandonar la Costa e irnos a jugar nuestra suerte en el departamento de Chontales.

Yo combatí el pensamiento de frente y escribí una serie de cartas que fueron publicadas en hojas sueltas. Argumentaba que nada salvador nos proponía el Cónsul Moffat. Que los jefes conservadores todos teníamos nuestros intereses en Nicaragua, en las ciudades del interior; que yo tenía mi hacienda, mi ganado y por último hasta mi ropa, en Granada. Que ninguna ventaja podíamos obtener de ese antipatriótico desgarrón que se proponía, porque todos teníamos posibilidades amplias de vida en los otros Estados de Centro América en donde éramos acogidos porque gozábamos de muy buena reputación social. En otra carta volví a repetir la tesis sostenida en la reunión de jefes al principio, de que la Costa

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Atlántica tenía la misión de una reincorporación inversa siendo ella la redentora de Nicaragua con respecto a las posibilidades de tiranía.

Fracasó la intriga de Moffat. Ya verán cómo Moffat pagó cara esa atrevida malevolencia castigado por su propio Gobierno.

Sin embargo, nuestros enemigos se valieron de ese incidente para desacreditarnos ante la opinión pública de Nicaragua, acusándonos de haber dado aprobación al proyecto de Moffat, que no fue más que una vil maniobra.

DERROTA DEL GENERAL GODOY

Todos los ataques realizados con valor y coraje por las hambrientas legiones de Godoy fueron rechazadas. Al tercer día se declaró en completa derrota huyendo hacia el interior en una retirada que podemos también calificar de heroica,

El campo de batalla, o sean los lodazales que se extienden entre Bluefields, y las costas del Gran Lago, quedaron sembradas de muertos y heridos.

Inmediatamente el ejército en más de sus dos terceras partes se fue para el Rama para entrar en batalla al mando del Gral. Luis Mena contra el Gral. Chavarría.

El día siguiente me visitó Silvio Selva para invitarme a que fuéramos, llevando los elementos necesarios a recorrer el campo de batalla para proteger a los heridos que en gran número sufrían cruel inclemencia. Acepté el proyecto. Alistamos una columna de sesenta mosquitos que portarían camillas. También llevamos algodones y elementos para curas inmediatas. Los de la expedición fuimos tres. Silvio Selva, el autor de la cristiana ocurrencia, Leopoldo Rosales y yo. Por todos lados salían gemidos.

Recuerdo que de un matorral salió una voz que era casi un gemido llamándome por mi nombre. Don Carlos, don Carlos. Bueno y sano pero en un estado de debilidad que casi no se podía sostener en pie, se me presentó temblando de miedo un muchacho joven de apellido Menocal, lechero de mi hermano Ramón, que llevaba a Granada la leche de La Fuente, finca situada a una legua de Granada. Me contó su triste historia, lo reclutaron bajando de su carretón lechero, lo equiparon y podíamos decir que sin tentar tierra se lo llevaron en las huestes de Godoy. Lo protegí inmediatamente. Lo despaché montado en una bestia y acompañado de uno

de los mosquitos, enviándoselo al doctor Modesto Sequeira. Allí lo acogieron, lo cuidaron, y quedó sirviéndoles para toda su vida porque no regresó al interior.

Pero el más triste espectáculo, que todavía me hace casi temblar por su recuerdo fue el que sufrimos los tres expedicionarios, al encontrar un ranchito de bijagua, bajo el cual estaban diez o doce heridos al cuidado del doctor Jacinto Alfaro, que creyó de su deber profesional y cristiano quedarse cuidándolos. Estaba el ranchito completamente cubierto de hormigas que atacaban a los heridos arrancándoles las carnes. El suelo daba la idea de esas barberías llenas de los pelos que cortan a sus clientes. El doctor con agua de los charcos lavaba de las hormigas a sus enfermos.

Tomamos posesión de aquel cuadro. Salvamos uno por uno a los heridos y los despachábamos en camillas para el hospital de sangre de Bluefields. Cuando se fue el último, el noble doctor Alfaro, me dijo: Doctor Cuadra Pasos, esta misión está concluida, y mi deber de médico militar es retirarme siguiendo las huellas del ejército de Godoy. Le suplico dame algunos víveres de los que usted lleva ahí para mi marcha. Entró en discusión conmigo, y por último tuve que imponérmele diciéndole que él era mi prisionero para que desistiera de lo que aquel hombre de hierro creía su deber.

Comió con nosotros de lo que llevábamos de provisiones para nuestro uso personal, y aunque muy débil nos ayudó en la asistencia de algunos otros heridos regados en el campo de batalla. Lo llevamos después a Bluefields, y se le dió una asistencia de pocos días, y después satisfaciendo sus deseos se le envió a San Juan del Norte.

Todos conocen en Nicaragua que el doctor Jacinto Alfaro progresó profesionalmente, se radicó en Managua, y su principal actividad era la de asistir a señoras de parto. Tuvo

grande clientela. Cuando hace pocos meses murió, yo también estaba enfermo de cuidado, por eso no le rendí el tributo que debía a ese hombre heroico, esclavo de su deber, generoso y poseído de una verdadera grandeza cristiana.

Desde estos Cabos Suelos deseo entregar su memoria a la admiración de los nicaragüenses.

BATALLA DE LAGUNA DE PERLAS

Inconforme con el golpe que recibieron del Gobierno Americano, anulándoles el esfuerzo de la toma del Bluff, y con la derrota del ejército de Godoy, pensaron en penetrar al interior, por el río Escondido, combinándose los de El Venus con el ejército de Castillo Chamorro, para penetrar al interior por Laguna de Perlas.

El Gobierno del Gral. Juan J. Estrada respondió a esa nueva ofensiva estableciendo una vigorosa defensa de Laguna de Perlas, donde colocó tropas escogidas al mando del Gral. Durón. Cinco ametralladoras funcionaron manejadas por muy expertos metralistas. La intentona de partir en dos el río Escondido y atacar después al Rama fue frustrada por la resistencia vigorosa y valientísima de lo que pudiéramos llamar el batallón Durón, que se había probado y lucido en la defensa de Punta Caliente.

Se obtuvo una nueva victoria rechazando en dos días de batalla todos los esfuerzos del Gobierno del doctor Madriz.

Terminada en victoria esa defensa brillante tuvimos que lamentar muchas y sensibles pérdidas, y entre ellas la de dos metralistas de los más eficaces y arrojados, que perecieron al ejecutar una vigorosa contra-ofensiva. Fueron estos, Carlos Alegría Prado y Coronado Rayo. Dos grandes unidades del ejército que apagaron el regocijo del triunfo y cubrieron de duelo al ejército.

Los dos hombres muertos eran en carácter y en vida completamente contradictorios.

El Coronel Alegría merecía su nombre, fue guitarrista, enamorado constante, y en la cara llevaba una cicatriz que había adquirido en uno de sus lances de tenorio.

En cambio Coronado Rayo era el cristiano práctico, de vida correctísima, de una virtud en toda regla. Los dos sin embargo murieron en el mismo lance al servicio de la misma causa.

Cuando uno encuentra en su camino un héroe legítimo, un cristiano incorruptible está obligado, si escribe la historia de ese tiempo, a mostrarlo a los nicaragüenses como una lección, de noble y elevada hombría.

Coronado Rayo era oriundo de Nandaime. Su padre un honrado ciudadano, y sus hermanas buenas y piadosas mujeres.

Era don Coronado Rayo el viejo, cliente asiduo de mi casa, donde se hospedaba con la franqueza de una amistad correspondida cuando llegaba a Granada, a cualquiera de sus pequeños negocios. El hijo estudió Farmacia, y después por tres o cuatro años fue el boticario de mi tío Agustín Pasos, que tenía muy activo su negocio de botica.

Cuando principiaron las persecuciones de Zelaya, Coronadito como le llamábamos todos, ansioso de libertad emigró a El Salvador, donde por influencias de mi hermano Pedro Rafael entró a prestar sus servicios, en categoría bastante inferior primero, en una casa muy poderosa, si no recuerdo mal, nominada Sagreda. Fue progresando rápidamente, y al cabo de dos años de servicio era el empleado superior de la casa, muy estimado de su patrón.

Cuando estalló la revolución de Bluefields él notificó al señor Sagreda que iría por imperativo de su patriotismo a luchar por esa revolución, contra la tiranía, sin que esto significara odio en su corazón. Hizo esfuerzos el patrón por disuadirlo de tal propósito, pero cuando vio que su resolución era firme e inquebrantable, le dió lo suficiente para que no

necesitara de sueldo y le advirtió que en caso de cualquier fracaso no divagara y volviera a El Salvador donde él le conservaría siempre su puesto y su categoría en la casa.

De esa calidad de hombre era Coronadito. Cuando me notificó a mí que serviría una ametralladora, y cuando lo ví citado por su comportamiento lucido en la batalla contra Gody, sentí tristeza, y tuve la conversación que ya referí anteriormente.

Me contaban los compañeros, y subalternos de Coronadito que siempre llevaba en el bolsillo una Imitación de Cristo, y a cierta hora se apartaba para entregarse a la lectura y meditación del Kempis. El Gral Durón que me profesó siempre especial cariño y conociendo mi intimidad con Coronado, me guardó el libro, que estaba anotado en varias de sus páginas, y siempre demostrando las alas de su alma para volar a lo alto.

Guardé el libro con mucho cuidado. Dos libros me acompañaron en las nuevas jornadas. Los llevaba en un carriel que me obsequió mi amigo don Jacobo Khon en Bluefields. Uno, Los Héroes, por Carlyle, que guardo como una joya en mi biblioteca; y la Imitación de Cristo de Coronadito que llevé a Nandaimé especialmente para entregarla a su padre don Coronado, produciendo en la familia copioso llanto el recibir aquel tesoro del noble y heroico hijo.

BATALLA DEL RAMA

Fracasada la intentona de Laguna de Perlas, toda la lucha se concretó al Rama atacado por las fuerzas combinadas del General Chavarría y de Castillo Chamorro, menguadas estas últimas por el fracaso de Laguna de Perlas.

No me es posible seguir en sus detalles los dibujos de la estrategia del Gral. Mena en esa ocasión. El disponía de los dos tercios de la fuerza de la revolución. Chavarría ocupaba las serranías que quedan frente a ciudad Rama, en el ángulo que forma el río Rama al reunirse con el Siquia para formar el Escondido.

Llegué a ciudad Rama en una comisión al segundo día de la batalla. A un espía que había capturado el Gral. Cotón se le quitó una correspondencia en clave de Castillo Chamorro para Chavarría, y se creyó necesario tratar de descifrarla. Era hábil en esas funciones el Gral. colombiano Luis María Gómez y creyó conveniente que yo hablara con el espía para aclarar ciertos conceptos del documento en cifras.

Entre los extraños dibujos de la estrategia de Mena estaba el haber destacado a la hacienda El Delirio, situada sobre el río Rama corriente arriba, al Gral. Cotón con unos trescientos hombres. Estaba pues situado Cotón a la retaguardia de las posiciones de Chavarría. Fuí en una buena gasolina y no corrí ningún peligro visible en el trayecto.

Me recibió el Gral. Cotón, simpático personaje y muy sonriente me dijo:

Siento mucho doctorcito, porque no puede hablar con el espía porque ya lo puse con siete cuartas bajo tierra.

Me enojé de la barbarie cometida y le dí una buena reprimenda a Cotón, que palmeándome cariñoso la espalda me dijo:

No se enoje que ya agarraremos otro espía y le prometo guardárselo vivo.

Regresé contrariado y pasé a la vuelta algún peligro porque se estaba peleando recio en la hacienda San Agustín, situada enfrente de ciudad Rama en la ribera del río Siquia. Para regresar inmediatamente a Bluefields tenía que pasar muy inmediato al lugar del combate, y el Gral. Mena me dijo que esperara mejor a que pasara la pelea.

El Gral. Mena no se indignó como yo de la fechoría de Cotón, y me dijo simplemente:

Ah! Cotón, es bárbaro y no le gusta perder tiempo!

Fue recia la pelea en San Agustín. Se divisaban bien desde los balcones de la casa de Uriza en el Rama, los movimientos de los soldados de la revolución, rechazando el ataque de las huestes de Chavarría. Varias gasolineras iban y venían constantemente llevando elementos de guerra y trayendo los heridos.

Me causó tristeza cuando ví llegar entre los muertos a un jovencito norteamericano, de familia rica, estudiante para militar en una escuela norteamericana; jovencito de unos veinte años de edad, que aspiraba a regresar a su colegio llevando un grado militar conquistado en Nicaragua. Lo pusieron tendido en la planta baja de la casa de Uriza, y los oficiales que pasaban y le veían decían:

Si no parece hombre; parece una muchacha!

Siento mucho de no poder informar a mis lectores de los detalles de ese combate del Rama, en que los Generales Luis Mena y José María Moncada, ejercieron sus elevados cargos con mucha habilidad, con prudencia y me atrevería a usar una palabra tal vez inmerecida, y con ciencia.

CARLOS CUADRA PASOS

El día siguiente regresé a Bluefields fracasado en mi misión de hablar con el espía. Pero también convencido de que ya era inútil porque el texto se refería más bien a la propia batalla que estaba ya en su desarrollo de tercer día, y que terminó como la intentona de Godoy con una derrota completa de los ejércitos del doctor Madriz.

El Gral. José María Moncada al mando de una columna de quinientos hombres persiguió hacia el interior a los derrotados de Chavarría sin darles descanso, corriente del río Mico arriba, y aún avanzó sobre el departamento de Chontales.

El ejército del doctor Madriz estaba destruido, por el pánico de las sucesivas derrotas y por el convencimiento de que eran inútiles sus resistencias para salvar el Gobierno de Madriz sobre el cual pesaba la abrumadora excomunión del Gobierno de los Estados Unidos.

El Gral. Mena en ciudad Rama arreglaba todos los elementos necesarios para emprender la ofensiva definitiva y última hacia la conquista de la Capital y el establecimiento del Gobierno revolucionario.

En Bluefields se dispuso la nueva y definitiva ofensiva, arreglando de una vez el gobierno general de la revolución bajo la presidencia del Gral. Juan J. Estrada.

Se nombró General en Jefe de los ejércitos revolucionarios al General Luis Mena, con facultades extraordinarias en cuanto a la manera de operar. Se nombró segundo Jefe, subordinado al General Luis Mena, al General José María Moncada. Debían éstos mobilizarse inmediatamente siguiendo la corriente del río Mico y penetrando en el departamento de Chontales.

Se nombró Ministro General, también con facultades especiales a don Adolfo Díaz, que debía permanecer en

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Bluefieds, para todo lo concerniente a las relaciones exteriores del Gobierno del Gral. Estrada, en tanto este no se instalara en Managua, Capital de la República.

El Gral. Estrada avanzaría también hacia el interior, y nombró delegado especial del Ejecutivo al Gral. Emiliano Chamorro, y a mí su Secretario Privado, con funciones de Sub-Secretario General también.

La movilización del ejército capitaneado por el Gral. Luis Mena, y con una lucida vanguardia capitaneada por el Gral. José María Moncada, principió inmediatamente; y a los pocos días después de ligeros combates, para la limpieza de Chontales, llegó a colocarse vencedor frente a Acoyapa.

El Gral. Estrada asistido del Gral. Emiliano Chamorro, avanzó también siguiendo las huellas del ejército en constante comunicación con el Gral. Luis Mena. Llevaba un equipo completo de telégrafo que operaba bajo mi inmediata dirección.

La Central del Gobierno avanzaba cuando el Gral. Luis Mena participaba que la ruta estaba libre de enemigos.

La seguridad en el triunfo, hacía en esa jornada alegres los toques de clarín, y el telégrafo presidencial sólo recibía parte de victorias. Un optimismo respecto al futuro de Nicaragua sin tiranía, nos animaba.

Aquí suspendo los Cabos Suetos en mi Memoria, para el número de Enero de REVISTA CONSERVADORA. Ya veremos cuántos contratiempos, cuántos infortunios, cuántos dolores, nos esperan, sirviendo de lección general de que la guerra civil, la guerra entre hermanos de nacionalidad, nunca es fuente positiva de felicidad.

OFENSIVA DEFINITIVA DE LA REVOLUCION

No seguiré detalladamente la campaña del ejército revolucionario al mando del Gral. Luis Mena. A una hábil estrategia de los generales Mena y Moncada se unió, para producir el éxito definitivo de la revolución, el desaliento que en el ejército del doctor José Madriz producía la convicción de la inutilidad de todo esfuerzo por la excomunión implacable del Departamento de Estado sobre una cifra de nuestra política que en realidad había ya desaparecido: el zelayismo.

Fue un error del Departamento de Estado insistir sobre el zelayismo como cifra permanente de la política nicaragüense. Las circunstancias habían borrado completamente ese aspecto del problema y habían hecho reaparecer por desgracia, en integridad el antagonismo de los dos Partidos, Liberales y Conservador, Legitimistas y Democráticos, Timbucos y Calandracas, León y Granada, que en una pelea implacable habían ensangrientado nuestro suelo y destruído mucha riqueza, desde la Independencia hasta nuestros días.

Esa terquedad del Departamento de Estado hizo que la amistad con los Estados Unidos se convirtiera también en contradicción exaltada de los dos Partidos Históricos. Con ello retrasó la evolución natural de la democracia que hubiera venido después de la dictadura de Zelaya.

El Estado Mayor de Estrada y del Gral. Emiliano Chamorro, avanzaba a medida que Mena en un servicio telegráfico, muy activo y competente, avisaba los buenos éxitos de la campaña.

Esa parte de la campaña fue dolorosa para mí. Iba enfermo con un agudo ataque de malaria. A una hora deter-

minada del día me venía el frío terrible de la entrada de la fiebre. Me bajaba del caballo, me arrojaba en la chamarra, y me acostaba en el suelo. Cuando me entraba la fiebre, recuperaba mi energía y volvía montar en el caballo; siempre asistido por Gregorio Carrillo un joven oriundo de Ometepe, que se había criado en mi casa y que se vino conmigo a la revolución.

Para las esperas que tenía que hacer muchas veces al pie del telégrafo me servían dos gratisimos compañeros. El tomo de Los Héroes de Carlyle, y la Imitación de Cristo de Coronado Rayo, a los cuales me referí en pasados capítulos.

En virtud de esas operaciones un día de tantos entramos triunfantes a la ciudad de Juigalpa, capital del departamento de Chontales; y al día siguiente a Acoyapa, ciudad de muchos recuerdos de mi juventud y donde gozaba de variadas amistades. En las dos entradas se produjo un fenómeno que fue factor determinante en el futuro político; el entusiasmo clamoroso en vivas a Chamorro con que éramos recibidos, y que consagraba el prestigio arrollador de que gozó siempre el Gral. Chamorro en las masas conservadoras.

BATALLA DE HATO GRANDE

Con todo y el desaliento, los generales leoneses del ejército del doctor Madriz hacían esfuerzos para defender su causa. El último produjo la batalla de Hato Grande, en que obtuvieron un pasajero triunfo.

En esa batalla, y en un asalto tremendo cayó herido mortalmente el Gral. Cotón. Alma compleja la de este hombre. Se enfrentó a la muerte como un verdadero héroe. Llamó a sus compañeros de jornada Justiniano Pérez y Gregorio Carrillo para que lo acomodaran para morir y le pusieran una piedra grande como almohada. Después dijo a Carrillo.

Quítame esas botas que son muy buenas, y que ya no me servirán a mí; porque para donde yo voy, se va descalzo y se entra sin abrigo.

Carrillo obedeció a su mandato, y usó por mucho tiempo las botas del Gral. Cotón. Ya no lo vieron los compañeros morir, porque el mismo Cotón los despidió con urgencia.

Cuando me dieron la noticia de esta muerte me produjo tristeza y aún cierto remordimiento en cuanto a cierta broma que le dije a Cotón en días anteriores, y que resultó una profecía y una imprudencia de mi parte. Estábamos en una tertulia de campaña y Cotón me dijo: doctor Cuadra Pasos, usted va a ser gran "tiliche" en el Gobierno revolucionario, dígame qué quiere para mí. Le contesté medio en serio medio en broma: Hombre Cotón, lo conveniente sería que murieras en la toma de Managua, porque quién te aguanta cuando ya seas hombre de Gobierno. Y al ver que se cumplía francamente me mordí la lengua y pensé, cuánto cuidado se debe tener en soltar frases medio en serio, a que somos aficionados los granadinos y que producen disgustos y se tornan imprudencias.

MARCHA SOBRE GRANADA

El Gral. Mena no se entretuvo en fiestas, y resueltamente avanzó a Granada llegando en virtud de algunas escaramuzas hasta la costa del río Tipitapa en el Paso de Panaloya. Por el llamado de Mena los generales Estrada y Chamorro avanzaron hasta la hacienda El Riíto en la región de Malacatoya.

Aquí tuvo el Gral. José María Moncada una lucida y arriesgada idea estratégica. Más arriba del río Tipitapa lo pasó con un batallón y se fue directamente hacia Mombacho.

Cuando el ejército del Gral. Toledo que defendió el Paso de Panaloya vio que tenía su retaguardia perdida, se llenó de pánico y se desbandó. El Gral. Mena pasó el río y llamó a los Generales Estrada y Chamorro para que de allí en adelante fueran juntos. Colocados al otro lado del Paso sin perder tiempo avanzaron hacia Granada.

A mí me dejaron en el lugar de la costa llamado El Subidero con el servicio de los telégrafos dándome una guardia competente en la cual figuraban Enriquez Díaz y Manuel Antonio Cuadra.

Los Generales tomaron Granada sin ninguna resistencia. Los defensores al mando de los generales leoneses Luis y Toribio Argüello se encerraron en el Instituto Nacional de Oriente que es un verdadero castillo inexpugnable.

El entusiasmo de Granada fue enorme. Las señoritas de Granada, las mujeres todas, en su alegría repartían botellas de coñac y whisky, e hicieron el daño de embriagar a la tropa.

Yo recibí instrucción de avanzar también hacia Granada, advirtiéndome que tuviera cuidado con San Francisco.

Dándome por muy conocedor de la región entré por lo que se llamaba el camino del ganado, que terminaba propiamente en la estación del ferrocarril. Pero cuando íbamos sobre la explanada, silbaban muchas balas. Manuel Antonio Cuadra, más vaquiano de la región, gritó: Corramos, que están blanqueando desde San Francisco. Dichosamente, no tuvimos ninguna baja, solamente a uno de los soldados le mataron el caballo. Tomamos la Calle Atravesada, y en todas las esquinas habían colocado un centinela que nos advirtió que pasáramos uno por uno y ligero porque blanqueaban de las torrecillas de San Francisco. Así llegamos hasta la plaza.

El licor repartido por las mujeres de Granada embriagó a toda la tropa como dejo dicho, y pudo ser causa de que se nos quemara el pan en la boca del horno. Muy temprano de la mañana nos atacó un fuerte destacamento al mando del Gral. Montoya, y todos tuvimos que andar recogiendo los ebrios para llevarlos a la pelea. Contra mi temperamento hube de defundar mi revólver para amenazar a los remisos borrachos y obligarlos a ocupar su puesto en el peligro. Si las tropas de San Francisco al mando de los Generales Argüellos se hubiera echado en esa ocasión a la calle nuestra derrota hubiera sido inevitable y estrepitosa. Felizmente los de San Francisco no se dieron cuenta del ataque de Montoya, y fue éste rechazado.

El Gral. Luis Mena tras de las huellas de Montoya se dirigió para juntarse con el Gral. Moncada y el General Fruto Bolaños que estaba en Sabana Grande y operar directamente sobre Managua. Fue Secretario de esta falange el doctor José Bárcenas Meneses.

El día siguiente me hablaron ciertos señores de Granada para que hiciera que el Gral. Estrada llevara ya nombrado su Gabinete a Managua y al efecto me entregaron una nó-

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

mina en que se prescindía de los elementos más eficaces de la revolución, tal como don Adolfo Díaz, Ministro General que no se había movido de Bluefields manteniendo la autoridad revolucionaria en toda la Costa Atlántica. Me negué rotundamente a la operación y manifesté que Estrada no nombraría gabinete hasta que en realidad fuera el Presidente de Nicaragua.

Habíamos avanzado dos máquinas de ferrocarril a los derrotados de Montoya y arreglamos el viaje de los Generales Estrada y Chamorro hacia la capital. El tren se quedaba en San Blas porque lo hubieran hostilizado demasiado desde San Francisco en la Estación de Granada. Al medio día salimos para la capital. Cuando estaba en el tren ya para partir llegó Pancho Osorno y en nombre de Blanca Urtecho de Matus me suplicaba que protegiera a Manuel Coronel Matus que estaba en la capital y que podía ser víctima de las pasiones desordenadas.

EN MANAGUA

Llegamos a Managua y el recibimiento fue cosa nunca vista antes. Toda la ciudad en sus diferentes clases sociales se echó a la calle y vivaban al Gral. Chamorro y muy de vez en cuando al Presidente Estrada.

Desgraciadamente no se mantuvo el orden en esa fecha. Los Generales Mena y Moncada que habían procedido a las formalidades de la rendición del Presidente transitorio Gral. José Dolores Estrada permanecieron al margen de aquella tempestad. El Gral. Estrada me dio orden de que me fuera al Campo de Marte y tomara la dirección de todas las cosas mientras ellos se entregaban a la alegría de la multitud.

Unos sujetos exaltados que nunca faltan y tomando el pretexto que desde una casa habían disparado contra el Gral. Emiliano Chamorro, se pusieron a perseguir a los liberales sin disposición ninguna de los altos mandos. Fueron a la casa del doctor Manuel Coronel Matus, y él que era de un temperamento muy nervioso ante la barbarie que se le venía encima se suicidó de un tiro en las sienas. Cuando tuve la noticia, me desgarró el corazón, porque ya he hablado del afecto que me ligaba con Coronel Matus y de lo mucho que yo apreciaba la honradez nítida de su alma y lo excelso de su inteligencia. Hasta pensé tristemente que yo debiera haber ido a cumplir la recomendación de Blanca, antes de entregarme a cualquier otra tarea.

Me entristeció el triunfo aquel percañe. Sunt lácrima rerum.

INTERVENCION AMERICANA

El doctor Salvador Castrillo persona de buena inteligencia, instruido abogado formado en Francia, era representante de la revolución en Washington y recibió instrucciones de negociar el reconocimiento del Gobierno. El día 10 de Septiembre de 1910 puso al Presidente Estrada el siguiente cablegrama:

"Presidente. Managua. Situación difícil, debe ya resolverse por cable comisión iría a Managua enviada. Nada haré aquí creo retirarme. Castrillo".

Como insistiera el Presidente Estrada en que preguntara condiciones para reconocimiento, textualmente se las pasó el Departamento de Estado en un cable cuyo original en inglés guardo en mi archivo. La siguiente es la traducción:

"Castrillo, Washington. Estando ya el Gobierno provisional que tengo la honra de presidir en pacífica posesión pida usted al Departamento de Estado me reconozca como Presidente Provisorio mientras verifican elecciones, en un plazo prudencial que no pasará de un año, y que apreciará una Constituyente que se convocará dentro de un mes. En mi administración trataré rehabilitación y desarrollo Hacienda Pública, refundir deuda nacional y al efecto pida ayuda al Gobierno de Estados Unidos para conseguir un crédito ahí mediante seguridad partes daremos aduanas, cuya colectación sería de una manera que se combinará entre los Estados Unidos y Nicaragua. Seguirá proceso por muerte Cannon y Groce con fin castigar culpable y se pagará indemnización razonable a parientes. Con objeto facilitar cumplimiento esto y otros arreglos, pida Gobierno Estados Unidos envíe a Managua un comisionado por si alguna de estas negociaciones requiere formalidad de un convenio. Estrada".

No quiso el Presidente Juan J. Estrada proceder a semejante negociación sin previa consulta a altas personalidades

del Partido Conservador que era el dueño de la situación. Invitó con urgencia a que concurrieran a Managua, y la Junta de Notables alcanzó una cifra de más de trescientas personalidades. Se discutió si se aceptaban las condiciones.

Un grupo respetable encabezado por don Tomás Martínez y compuesto de altas personalidades, tales Joaquín y Pedro Gómez, don Alberto Ramírez, don José Dolores Rodríguez y algunos más estuvieron porque nos negáramos a la negociación y abandonáramos el Gobierno a la ocupación americana.

Pero la mayoría se manifestó en el pensamiento de que el verdadero patriotismo imponía el sacrificio de salvar en un largo trato la soberanía de Nicaragua, que se perdería rotundamente al negarnos a la operación. Fue decisivo a este respecto un discurso del doctor Toribio Tijerino padre, sosteniendo la tesis del sacrificio individual por el bien general.

Mientras tanto reinaba impaciencia en los elementos del Partido que estaban en circunstancias de apreciar en toda su intensidad la gravedad de las cosas. Todos se dirigían a mí. Como ejemplo transcribo el telegrama que de Bluefields recibí de don Adolfo Díaz:

"Carlos Cuadra Pasos Managua. Ruégole decirme si al fin van a contestar el cable de Castrillo para el Presidente Estrada fecha 10 del pasado en la misma forma que indica el largo despacho a que me refiero. Castrillo se ha dirigido directamente al Cónsul pidiéndole contestación y el mismo Cónsul me pregunta a mí constantemente cuándo vendrá. Deseo darle a Moffat una contestación categórica. Díaz".

El Gral. Luis Mena que en esos días expedicionaba por Chontales me puso un telegrama también urgiéndome la resolución del problema.

Se transmitió el fatal telegrama a Castrillo y se principia una dolorosa jornada para salvar a Nicaragua tratada como nación vencida por parte de una gran potencia.

Acto continuo el Departamento de Estado, revelando la urgencia que para él tenían estos asuntos del Istmo Centroamericano, notificó a Castrillo que sería nombrado el señor Tomás Dawson, en la actualidad Encargado de los Asuntos de Latinoamérica en el propio Departamento de Estado. Decía la notificación, que el señor Dawson vendría primero a Nicaragua para los arreglos definitivos y tendiente a recuperar la amistad de los Estados Unidos. Es decir para ponernos la cartilla en la mano, y de aquí pasaría a Panamá donde estaba nombrado Ministro Plenipotenciario, para una permanencia más larga y arreglar la materia del canal, que era de capital importancia y afectaba todo el Istmo Centroamericano.

No corrieron muchos días para la venida del señor Dawson que trataré en capítulo especial, pero antes deseo ocuparme de las interioridades del Partido Conservador de Nicaragua.